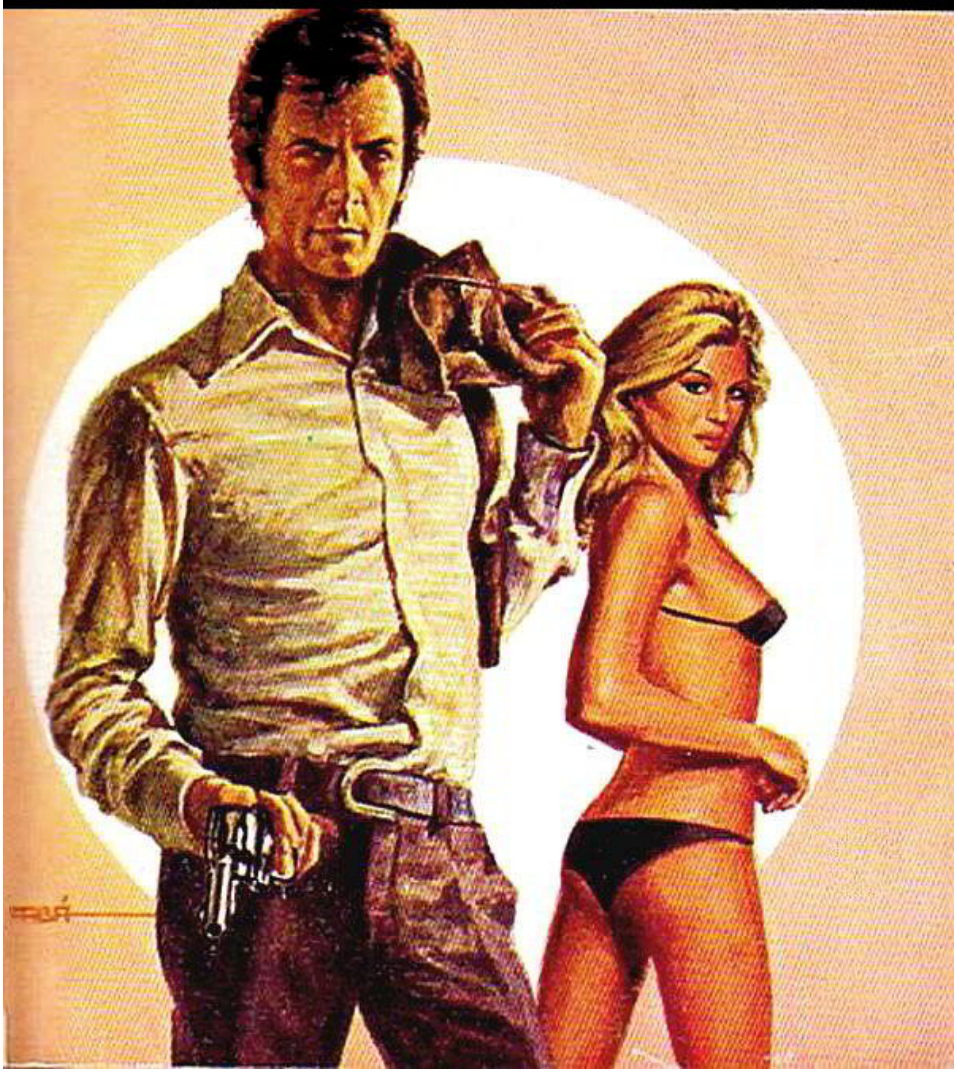
BOLSILIBROS BRUGUERA

SERVICIO SECRETO

QUE NO SE ENFRIEN LOS MUERTOS

Silver Kane



La gente no lo notaba, pero el aeropuerto Kennedy era distinto aquella neblinosa mañana de noviembre.

Los ajetreados hombres de negocios que iban a Chicago o a Detroit, los políticos que viajaban hasta Washington, los jubilados que se largaban a Puerto Rico o a México y las prostitutas de lujo que iban a Miami, no se percataron en absoluto de que aquella mañana el FBI había desplegado todos sus hombres, todos sus tiradores especializados y todos sus perros de presa.

Silver Kane

Que no se enfríen los muertos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1391

ePub r1.0
LDS 27.10.18

Título original: *Que no se enfríen los muertos*
Silver Kane, 1977
Cubierta: Fabá
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2

SS

SERVICIO SECRETO

CAPÍTULO PRIMERO

La gente no lo notaba, pero el aeropuerto Kennedy era distinto aquella neblinosa mañana de noviembre.

Los ajetreados hombres de negocios que iban a Chicago o a Detroit, los políticos que viajaban hasta Washington, los jubilados que se largaban a Puerto Rico o a México y las prostitutas de lujo que iban a Miami, no se percataron en absoluto de que aquella mañana el FBI había desplegado todos sus hombres, todos sus tiradores especializados y todos sus perros de presa.

Connery, desde lo alto de la torre de control de vuelo, oteó el paisaje. Él sabía muy bien que los del camión cisterna de combustible que llevaba el emblema de la «Shell» eran agentes especiales. Sabía igualmente que lo eran bastantes de las azafatas que se hallaban en pista. A una la llamaban La Loba porque en acto de servicio había matado a siete hombres en diversos aeropuertos del mundo.

También había hombres esperando sus maletas en las terminales o cambiando sus billetes en el «Checking», y que en realidad se dedicaban simplemente a vigilar. Bajo las americanas de aquellos hombres había pistolas especiales capaces de mejorar los blancos que se habían hecho últimamente en los Juegos Olímpicos.

Pero la gente no notaba nada. Todo en el aeropuerto parecía normal. Y Connery deseaba con todo su corazón que el hombre a quien buscaban tampoco lo notase, que no comprendiera hasta el último minuto que en torno a él, se habían cerrado las tenazas de una implacable trampa.

Holmes se acercó lentamente, arrastrando los pies, como si estuviera cansado. Y en realidad lo estaba, porque los músculos ya no obedecían demasiado a Holmes después de sus dos heridas,

aunque el cerebro le seguía funcionando como una computadora inalterable. Holmes, que había dado más de sesenta veces la vuelta al mundo, retenía en sus células grises miles de nombres, miles de fechas, miles de caras. Nadie a quien hubiera visto una sola vez; aunque fuese en fracciones de segundo, podía resultarle desconocido.

Se puso al lado de Connery.

—He dado muchas vueltas —dijo en voz baja—. He mirado a los que entran y salen, a los que esperan y hasta a los que hacen la limpieza. Y no hay nada. Empiezo a creer que esta vez es una alarma sin fundamento y que estamos perdiendo el tiempo.

Connery apretó los labios.

Al contrario que a Holmes, a él los músculos sí que le respondían. Era un hombre alto, duro como el acero, experto en toda clase de lucha y con un cruzado de derecha demoledor. Hubiera podido dedicarse al boxeo profesional, pero él sabía que el boxeo dura sólo unos pocos años y detrás está el vacío. En su oficio actual, como jefe de grupo del FBI, también había al final un vacío, pero la carrera duraba un poco más que la de un campeón del *ring*. O quizá un poco menos, quién sabe.

—Sin embargo, tiene que estar aquí —dijo sombríamente, como si recitara su propia obsesión—. Larky tiene que estar aquí. Los servicios de vigilancia detectaron su presencia en Nueva York, y si ha venido a Nueva York ha sido para matar a Wilkinson. Faltan diez minutos para que Wilkinson salga en ese avión —señaló un enorme Jumbo de la El Al, la compañía israelí, que ya estaba en pista—, y en esos diez minutos tiene que hacer algo. Hay que extremar la vigilancia, Holmes, hay que hacer que todos los hombres estén atentos hasta el límite. Si fracaso en esto, no me lo perdonaré.

Y miró el avión de El Al. Sabía cuántas veces esos aparatos habían sido atacados por los terroristas palestinos, y Larky era uno de los más temibles terroristas palestinos que existían en el mundo. Eso dejaba sin aliento a Connery no sólo por la vida de Wilkinson, sino especialmente por las de los otros doscientos pasajeros que iban en el avión.

Miró su cronómetro.

Faltaban sólo nueve minutos para la salida.

Todo había sido registrado. Las maletas habían pasado por las

máquinas de rayos X que hubieran detectado cualquier explosivo. Los pasajeros habían sido examinados desde los sombreros hasta la punta de los zapatos.

Pero, sin embargo, Larky estaba en Nueva York. Y si estaba en Nueva York era precisamente por aquello. No hubiese desafiado a los servicios de vigilancia de medio mundo sólo por ver una película porno de la Calle 42 o sólo por hacer turismo.

Ocho minutos.

Siete…

El piloto del Jumbo ya seguía las instrucciones de la torre de control y rezaba el «rosario», o sea, efectuaba la cadena de pruebas a que estaba obligado antes de dirigirse a la pista de despegue. La tensión había crecido, hasta hacerse insoportable, en todos los que vigilaban en el aeropuerto, en todos los tiradores de élite, todos los ojeadores y todos los luchadores de
kung-fu,
capaces de deshacer a un tío con sólo tenerlo diez segundos en las manos. Connery notaba que unas gotitas de sudor estaban surcando ya sus sienes.

Seis minutos…

Connery tenía la boca espantosamente seca.

Y, de pronto, el pequeño audífono que llevaba sobre su pabellón auricular derecho le envió las tres señales convenidas, aquellas tres señales que no oía nadie más, pero que para él significaban la presencia de la muerte.

Eran sólo tres zumbidos, pero su significado estaba bien claro: «Larky localizado»… «Larky localizado»… «Larky localizado»…

Inmediatamente solo otro zumbido distinto que significaba una clave. Connery lo entendió en fracciones de segundo: «Terminal de la Lufthansa, Servicio Cargo».

Connery conocía muy bien aquello. Era un enorme almacén donde las mercancías que iban a ser transportadas por aire estaban ordenadas por medio de un cerebro electrónico y cuyos movimientos estaban automatizados al cien por cien. Un enorme Jumbo destinado enteramente a carga, podía acoplarse a aquel almacén y recibir los bultos en treinta minutos, estando dispuesto a partir inmediatamente hacia el gran centro de distribución mundial que la Lufthansa tiene en Frankfurt. Resultaba un sitio ideal para

que un hombre se escondiera, pero también resultaba un sitio ideal para enviarlo al otro mundo.

Connery se situó ante un micro que estaba a un lado de la torre de control.

—Atención a todos los agentes… —dijo—. Atención a todos los agentes… Larky ha sido localizado en el servicio Cargo de la Lufthansa… Traten de cazarlo vivo, pero a la menor resistencia tiren a matar… Repito… Tiren a matar…

La orden fue recibida de muy distinto modo por el centenar largo de agentes que estaban diseminados en el aeropuerto. Unos pocos de ellos, que se fingían sordos, la recibieron a través de los audífonos que llevaban en sus orejas; otros a través de sus gafas acústicas; unos terceros directamente en los coches donde patrullaban; muchos más por medio de una serie de presiones en la muñeca donde llevaban su reloj, y que punteaban según el sistema Morse… El caso fue que nadie más que ellos lo supo. Nadie más que aquel centenar largo de hombres y mujeres se puso en movimiento.

La Loba acarició maquinalmente la culata de su calibre especial con cañón extralargo Mogar, el que conducía un camión cisterna, abrió y cerró los puños con los que podía desnucar a un hombre en dos segundos. Madison, que fingía esperar su maleta en la terminal de Pan Am, tocó su cuchillo con el que podía alcanzar a un hombre en el corazón a cien yardas. Todos los rastreadores, los perros de presa y los asesinos que trabajaban por cuenta del Gobierno se pusieron en movimiento como un solo hombre o una sola mujer. En realidad se pusieron en movimiento como un solo verdugo.

El primero que vio a Larky fue Johnson, un agente especial que estaba vigilando precisamente en Lufthansa-Cargo. Larky iba vestido como un obrero de las carretillas transportadoras, pero no engañó a los ojos perspicaces del agente. Y éste cometió el error de querer cazarlo vivo.

—¡Alto! —gritó.

No se dio cuenta de nada más.

De pronto notó un pinchazo en la frente.

Fue algo muy leve.

Ni siquiera llegó a ver que Larky se había vuelto con la velocidad del rayo, disparando por debajo de su brazo izquierdo. El silenciador hizo que no sonara ni un taponazo en aquella inmensa

nave, donde docenas de otros hombres que no habían advertido nada siguieron trabajando.

Johnson quedó materialmente clavado en una de las grúas. Luego fue resbalando lentamente mientras su cara se cubría de sangre.

Larky corrió hacia la nave donde estaba siendo cargado el Jumbo. Sabía que allí, entre las docenas de enormes estanterías que tenían que ser cargadas con elevadores, podría encontrar un refugio.

Pero se equivocó.

El hombre que apareció entre aquellas estanterías ya no se molestó en darle el alto. Simplemente, le envió una ráfaga.

Las balas astillaron toda una caja que contenía cristalería de Bohemia y que llevaba las palabras PRECAUCION Y CUIDADO escritas en letras rojas y en cinco idiomas. Pero no alcanzaron a Larky, que giró sobre sí mismo con la rapidez de una peonza y corrió hacia el exterior para pasar por debajo de una de las alas del Jumbo.

Hizo un esfuerzo desesperado para llegar al otro lado del campo. No entendía cómo habían podido localizarle, pero si quería tener alguna probabilidad de conservar el pellejo tenía que correr, correr, correr… Vio a lo lejos un automóvil de los de servicio interior y avanzó hacia él con toda la velocidad de sus piernas, sabiendo que si lograba apoderarse del vehículo aún podía tener alguna esperanza.

De pronto una de las portezuelas del coche se abrió.

Un hombre apareció con una metralleta.

Puso rodilla en tierra.

Apuntó a Larky.

Lo hizo todo con la calma glacial de un verdugo. Sólo le faltó dar la bendición a Larky antes de enviarlo al infierno.

Pero fue demasiado lento. Un par de segundos demasiado lento. La granada de mano que acababa de lanzar Larky llegó hasta él antes de que el dedo se pudiera cerrar sobre el gatillo.

El hombre de la metralleta saltó en pedazos.

Pero no fue solo él.

También estalló el automóvil.

El depósito estaba lleno a reventar de gasolina. Se notaba en eso que en Estados Unidos la venden mucho más barata.

El coche estalló para convertirse en una bola de fuego. Los otros dos hombres que iban en él salieron aullando, convertidos en teas humanas.

Larky giró sobre sí mismo.

Los músculos le dolían a causa de la insoportable tensión. Los pulmones le quemaban.

El mismo no se daba cuenta, pero acababa de correr trescientas yardas a velocidad de corredor de cien. Tragó angustiosamente aire y miró hacia su derecha. Algo le dijo que el peligro estaba precisamente allí.

Vio a la azafata.

No sabía que aquella mujer tenía un apodo: La Loba.

La vio apuntar con el brazo rígido, sosteniendo con la izquierda su muñeca derecha, para precisar mejor el tiro. Llevaba una «Baretta» especial de cañón extralargo, sin cargador, capaz de enviar al aire una sola bala, pero con una precisión implacable. Y la bala con un explosivo de mercurio dentro necesitaba tan sólo rozarle para convertirlo en pedazos.

Larky se lanzó instantáneamente a tierra.

La velocidad de sus movimientos era la de un gato acosado.

La bala le pasó rozando. Le hubiera alcanzado de lleno caso de estarse él quieto o caso de llevar la dirección que llevaba, pero La Loba no contó con que el fugitivo se arrojaría a tierra con aquella velocidad instantánea. Se oyó una explosión al fondo, cuando el proyectil «cargado» se estrelló contra una pared a pocos centímetros de un camión cisterna.

Un poco más y se origina una catástrofe.

Pero La Loba, ya no tuvo tiempo de pensar en eso. De pronto su boca pareció estallar. La mujer giró sobre sí misma, alzó las piernas y envió al aire una bocanada de sangre. No llegó a sentir que la bala de Larky le había atravesado los dientes, llegando hasta el fondo de su nuca.

El fugitivo siguió corriendo.

Iba hacia uno de los aviones que estaban en la pista. Si llegaba a trepar a él, tal vez conseguiría huir al amenazar al piloto con la muerte si no obedecía sus órdenes.

Y entonces cualquier cosa podía suceder.

Desde lo alto de la torre de control, Connery se dio cuenta de

aquello.

Holmes estaba a punto de sufrir un ataque de nervios.

—¡Maldito hijo de la gran perra! —aulló—. ¡Lo va a conseguir! ¡Es imposible, pero lo va a conseguir! ¡Hay que…!

¿Qué?

No, él no sabía qué era lo que había qué hacer, pero Connery sí que lo sabía. Ni por un instante se había inmutado. Tomó el rifle de precisión que estaba junto a una de las mesas de control y pulsó el resorte que abría una de las ventanas.

Holmes barbotó:

—No lo conseguirás. Está a demasiada distancia. No lo conseguirás…

Connery había alzado las manos. Parecían de acero. Se echó el rifle a la cara con la precisión de movimientos de una máquina.

—No lo conseguirás.

Quizá Connery no llegó ni a oírle. Y si llegó a oírle, no le importó. Con aquel rifle que no tenía ni siquiera mira telescópica, apuntó hacia aquel puntito que era la cabeza de Larky en las inmensas pistas.

Una bala.

Y aquel puntito estalló.

También los proyectiles de Connery estaban cargados con explosivos de mercurio.

Otra bala.

El cuerpo de Larky pareció partirse en dos.

Otra.

Be aquella carne salió humo.

Otra. Otra. Otra.

Connery era una máquina vengadora, una máquina sin sentimientos, una máquina terrible. Cuando dejó de disparar, había casi diez yardas de distancia entre los riñones de Larky, a la derecha, y el hígado, a la izquierda.

Luego bajó el rifle.

Tenía la mirada perdida.

Sus ojos estaban vacíos.

—Que alguien recoja sus restos —dijo con una voz que no parecía humana—. Pero va a necesitar una pala…

CAPÍTULO II

El teléfono de emergencia del Kennedy estaba conectado permanentemente con el despacho de control de operaciones del FBI, en el Departamento de Justicia de Washington. Escasamente un minuto después de la muerte de Larky, ésta ya era conocida en todos sus detalles en aquel despacho, uno de los centros neurálgicos mejor informados del mundo.

Los cinco hombres reunidos allí respiraron satisfechos, aliviados. No sólo se había conjurado el peligro que se cernía sobre Wilkinson, el famoso sabio nuclear, sino que se habían salvado las vidas de las otras doscientas personas que iban en el Jumbo. Larky estaba ya muerto, y ningún muerto pone bombas en los aviones por muy bien que le hayan enseñado a ponerlas.

La orden fue dada desde Washington.

—El Jumbo puede despegar normalmente. Restablezcan el orden. Repito: el Jumbo puede despegar. Respeten los horarios.

Connery, responsable de la operación, recibió directamente aquella llamada en la torre de control. Ni uno solo de sus músculos se movió, como no se habían movido tampoco cuando mató a Larky. Dijo solamente:

—Bien.

Sabía lo importante que era el horario en un aeropuerto ten gigantesco como el Kennedy, que ya se está quedando pequeño, y donde las salidas son tan frecuentes que en las pistas de despegue los aviones hacen cola, tocando el morro de uno la popa del otro. Por eso transmitió la orden al piloto de El Al:

—Respete el horario. Salga.

Miró su cronómetro. Faltaban dos minutos.

El operador dijo:

—Pista uno.

En aquel momento alguien miraba su cronómetro también, junto a uno de los innumerables teléfonos esparcidos por el aeropuerto. Marcó un número y dijo en voz baja:

—¡Bomba en el avión de El Al! ¡Les aviso! ¡Bomba en el avión de El Al! ¡Va a estallar dentro de diez minutos!

Y colgó.

La llamada llegó como un rayo a la torre de control.

Y Connery lo comprendió de pronto. Claro… Habían liquidado a Larky no antes de poner la bomba, sino después… Y Larky ya no podría decir dónde la había colocado, porque estaba muerto. Y sólo quedaban diez minutos… ¡Y diez minutos eran menos de la mitad del tiempo que se necesita para registrar toda la enormidad del equipaje de un Jumbo!

Dio la orden como un trallazo:

—¡Atención! ¡Emergencia roja! ¡Separen de la pista el avión de El Al! ¡Piloto, condúzcalo a la pista final de las instalaciones militares! ¡Atención! ¡Atención! ¡Emergencia roja!

El avión de la compañía israelí dio un brusco bandazo y se apartó de la pista, mientras Connery sentía que otra vez las gotas de sudor perlaban su frente. Nunca había tenido en la boca una sensación tan amarga, tan espantosa como la de aquel momento. El horror acababa de entrar en su frente como una cuchillada.

Lo veía todo como en una lejana película. Larky ya había colocado la bomba. Trataba de huir. De repente alguien lo veía y se organizaba la masacre… Y menos mal que algún cómplice se había arrepentido en el último momento y acababa de dar la alarma, porque si no…

Nuevamente tomó el micro. Ahora ya nadie trataba de disimular. Aulló:

—¡Todos los pasajeros del avión de El Al deben desocuparlo! ¡Aprisa! ¡Piloto, haga que utilicen también las salidas de emergencia, pero sin atropellarse! ¡A partir del momento de su llegada a la pista dispondrán de seis minutos!

Connery tenía las manecillas del reloj clavadas en su cerebro, que se había convertido en una especie de computadora, Cuatro minutos justos para llegar al final de las pistas militares y seis minutos para desocupar el aparato antes del estallido. Quizá

tendrían tiempo para salvar las vidas humanas, después de todo… Quizá aún…

Sus nervios estaban a punto de estallar.

Gritó:

—¡Todos los servicios de extinción preparados! ¡Las ambulancias a punto! ¡Los equipos de ingenieros en alerta!

El jefe de control ya estaba dando órdenes por su parte, como si se hubiera convertido en un frenético. No hablaba, sino que rugía. Desvió hacia Newark a todos los aparatos que estaban sobrevolando el Kennedy, en espera de pistas, e impidió que cualquier aparato despegara de las pistas. En menos de dos minutos, uno de los mayores aeropuertos del mundo se convirtió de pronto en un lugar muerto, en una especie de inmenso cementerio de chatarra donde no respiraba nadie.

Con los prismáticos, Connery vio desde la torre lo que estaba sucediendo. Los pasajeros del avión de El Al, la compañía israelí, salían a borbotones por las puertas normales y por las de emergencia, resbalando sobre las alas. Pero el aparato había tardado en llegar a la pista más de lo normal, y por consiguiente quedaban sólo unos tres minutos y medio para la evacuación. Eso significaba que aún habría pasajeros dentro cuando se produjera el horrible estallido, o que al menos no estarían a la suficiente distancia.

Ahora Connery sentía hielo en la sangre. Nunca hubiera imaginado que los segundos pudieran pasar tan aprisa, tan implacablemente. Su cerebro, convertido de nuevo en una computadora, hizo un rápido cálculo de la velocidad de evacuación y dedujo que, cuando se produjera el estallido, habría veinte personas a bordo, aparte de la tripulación, que lo abandonaría en último lugar.

Una catástrofe.

Miró febrilmente el reloj, siguiendo los pasos de aquella maldita cuenta atrás, de aquella cuenta del infierno.

Treinta segundos… Veinte… Diez…

La gente seguía saliendo. Aún debían quedar treinta personas en el aparato.

Cinco segundos… Cuatro… Tres… Dos… Uno…

¡CERO!

Connery no se dio cuenta de que tenía la boca abierta, las facciones contraídas. No se dio cuenta de que algo se desencajaba en él ni de que los ojos se le salían de las órbitas porque aquellos ojos necesitaban empaparse de aquel horror. ¡Necesitaban ver!

Pero no se produjo ninguna explosión. La gente fue saliendo y tuvo tiempo de alejarse. Los miembros de la tripulación salieron los últimos.

No ocurrió nada.

El gigantesco avión israelí estaba en la pista alejada del Kennedy, como un pee; plateado y muerto.

Connery decidió aguardar diez minutos más, en medio de una tensión insoportable. Había salvado lo peor, pero no se fiaba porque cualquier causa podía haber retrasado la explosión de la bomba.

El aeropuerto seguía parado.

Ni un zumbido se escuchaba en aquella inmensa extensión sobre la cual aún planeaba la muerte.

Veinte minutos…

¡Treinta!

Connery decidió entonces que había que intervenir. Dispuso que los aviones de línea regular salieran sola mente por una pista y entraban por otra, mientras los equipos de detección se acercaban al Jumbo para buscar la bomba. Era un trabajo de suicidas, porque en cualquier momento la carga aún podía estallar.

Siete hombres vestidos de rojo se acercaron con sus aparatos al Jumbo. Connery fue con ellos. Mientras se acercaban en una furgoneta, uno de los miembros del equipo, con unos grandes bigotes y una cicatriz en la mejilla, sacó un paquete de «Camel» sin filtro.

—¿Un cigarrillo? —preguntó.

—¿Por qué ahora? —dijo Connery con un hilo de tos.

—Porque puede ser el último…

Connery sonrió.

Dio una chupada y dijo:

—Sabe bien…

Siempre había pensado que el último cigarrillo sabía mejor que los otros. Seguía fumando cuando se acercaron al Jumbo midiendo cada uno de sus pasos, sabiendo que quizá se estaban acercando a su propia tumba. Más de uno calculó, mirando su propio cuerpo, a

qué distancia irían a parar sus pedazos.

Pero nada ocurría. El avión seguía pareciendo un enorme pez muerto. Abrieron las compuertas de equipajes y los sacaron, abriéndolos uno por uno para ver lo que contenían dentro. Ya no se fiaban de las máquinas de rayos X. Veinte policías llegados expresamente llevaron a cabo aquella agotadora tarea mientras los del equipo técnico rastreaban el interior con sus aparatos detectores. Cualquier bomba de cualquier clase, aunque no llevara ni una sola pieza metálica, hubiese sido descubierta inmediatamente.

La búsqueda y el registro de los equipajes duraron nada menos que dos horas. Durante ellas, y a causa de utilizarse sólo dos pistas, el Kennedy sufrió uno de los mayores embotellamientos de su historia.

Pero no se descubrió nada.

El responsable de los equipos técnicos, un viejo artillero de la Marina, llegó hasta Connery arrastrando los pies.

—No hay nada —dijo—. Eso de la bomba era un cuento chino.

Connery sintió que una especie de corriente de aire pasaba a través de sus músculos, vaciándolos por dentro. La relajación inmensa, el alivio que sintió le hicieron sentirse tan cansado de pronto que hasta le vacilaron las piernas. De modo que todo había sido una alarma sin fundamento… De modo que al fin Larky, antes de reventar, no había tenido tiempo de colocar la bomba…

—¿Cómo han trabajado? —preguntó maquinalmente—. ¿Han asignado a cada hombre un sector del aparato?

—Sí. Han sido revisadas desde las alas hasta las ruedas, desde los asientos hasta los reactores. No hay nada. En mi opinión, el equipaje puede ser cargado de nuevo y los viajeros pueden subir, aunque eso es usted quien ha de decidirlo.

Connery dijo con voz desmayada:

—Que suban.

Presos de una lógica tensión, pero deseando al fin y al cabo salir de aquella especie de ratonera, los viajeros volvieron al aparato. Sólo media docena de ellos habían decidido renunciar al vuelo, pero los demás anhelaban partir. La mayor parte de ellos eran judíos que tenían el mayor interés en estar en Tel Aviv a la madrugada siguiente.

Connery volvió a la torre de control.

Ahora también él andaba arrastrando los pies, pero no se daba cuenta. Sus facciones se habían aflojado y ya no estaban tensas. De pronto parecía un viejo. Se instaló junto al jefe de control y dijo:

—Dé salida.

—¿Puedo utilizar ya todas las instalaciones del aeropuerto?

—Sí.

—¡Ya era hora, maldita sea! ¡Llevo media hora sin oír por la radio otra cosa que las voces de gente que se caga en mi padre!

Y dio pista el Jumbo de El Al. Éste hizo de nuevo las comprobaciones rutinarias y emprendió el vuelo.

Con una mueca de infinito alivio, Connery lo vio despegarse de la pista.

Sus ojos lo siguieron como si estuvieran hipnotizados.

Quinientos metros… Mil…

Ya iba a virar para ganar altura. Todo en orden… ¡listo!

Connery se volvió de espaldas, dispuesto a beberse un *whisky* triple y a descansar un poco de una vez.

Y de pronto *aquello.*

De pronto el aire tembló.

Todo el aeropuerto se estremeció como si hubiese estallado una bomba nuclear encima.

Las cabezas de los hombres se volvieron.

Las gargantas enronquecieron en un unánime grito.

Los ojos se desencajaron.

Muchos hombres y mujeres cayeron al suelo. Otros fueron arrastrados por el vendaval que se formó. Un Jumbo de la Finair que estaba tornando tierra patinó de costado, fue hacia uno de los edificios terminales, y no provocó una catástrofe gracias a la sangre fría del copiloto, porque el piloto estaba sufriendo un ataque de nervios.

Connery fue uno de los que volvieron la cabeza.

Sus ojos se desencajaron.

De su garganta escapó un grito que era puramente animal, un grito que no era humano.

Mientras su cerebro parecía estallar, LO VIO.

Vio el Jumbo desintegrarse en el aire.

Los restos humanos volar a gran distancia, mezclados con las

piezas metálicas y con una inmensa nube de sangre.

Vio la muerte.

Le pareció sentir dentro de su propio cerebro aquella espantosa llamarada roja.

Y luego el silencio.

Un silencio más aterrador que todos los estampidos, más siniestro, más lúgubre que todos los gritos de muerte.

Connery no se dio cuenta de que se había descoyuntado los nudillos a fuerza de tanto apretarlos.

No se dio cuenta tampoco de que su cabeza se había estrellado contra uno de los cristales y estaba cubierta de sangre.

CAPÍTULO III

El Europeischer Hof sigue siendo uno de los hoteles más elegantes de Baden-Baden, el famoso balneario de la Alemania del Sur, y su clientela fija la componen jubilados que han logrado ahorrar unos marcos, escritores felices que han encontrado un buen editor, jefes de empresa que pasan una temporada con la secretaria y apacibles turistas que tratan de conocer un poco lo que es la paz. Pero también, como ocurre siempre en esos sitios, la clientela está formada por oscuros personajes que hablan siete idiomas, que tienen siete pasaportes distintos (seis de ellos falsos), y que han ido repartiendo tumbas por todos los cementerios más o menos civilizados del planeta.

Bradford era una de esos hombres, aunque pocos lo sabían. Oficialmente viajaba por cuenta de la fábrica de tractores multinacional John Deere, que tienen fábricas en Mannheim y Zibrücken (fábricas que antaño pertenecieron a la vieja firma Heinrich Lanz), lo que le permitía residir sin llamar la atención en todas las ciudades del oeste de Alemania, fueran Frankfurt, Heidelberg, Darmstadt o Baden-Baden. Por supuesto que Bradford no tenía nada que ver con la John Deere, pero aquello no dejaba de ser una buena tapadera.

Aquella tarde tranquila, cuando los habitantes de Baden-Baden se daban cuenta con asombro de que la ciudad se había hecho demasiado grande (pues en ella se estaba incluso abriendo el primer *Sex-Shop*
), Bradford se dirigió al salón del hotel y pidió un *whisky* americano mientras encendía un cigarrillo con la tranquilidad del que no tiene nada que hacer. Aquel hotel poseía la virtud de calmarle los nervios y de hacerle pensar mejor, pues tenía todas las comodidades

modernas y al mismo tiempo conservaba el aire de otra época: armarios solemnes, estatuas rococó, lámparas con cristales de Bohemia y cuadros que representaban a las viejas dinastías de Baviera y de Prusia. Para Bradford, nacido en los trigales de Arkansas, aquél era un mundo que respetaba y que le ayudaba a vivir.

El tipo arrugado y macilento que se arrastró hasta allí con la carpeta bajo el brazo era el que venía todas las semanas a rendirle cuentas. Oficialmente era un contable de John Deere, aunque ni por asomo entendía aquel tipo nada de tractores ni de maquinaria agrícola. En realidad el tipo que visitaba regularmente a Bradford era uno de los más eficaces asesinos que existían en el mundo, pero eso sólo lo sabían una docena escasa de personas, aparte las otras muchas que aquel fulano había dejado bajo las tumbas.

Bajo su apariencia raquítica, palpitaban unos músculos de acero, mientras que su cerebro maligno conocía todas las artes de la muerte, desde la que llega con una buena ración de explosivos hasta la que llega con una brusca presión de las vértebras del cuello. Pero lo más importante era que aquel hombrecillo conocía además siete idiomas y había viajado a todos los países del planeta.

Tenía un nombre fácil de recordar: Purcell.

Como otras veces, Purcell depositó un grueso libro de contabilidad ante los ojos de Bradford y alineó frente a él una serie de facturas. Aceptó un cigarrillo y los dos hombres hablaron largamente en voz baja.

Aparentemente estaban dedicados a la rutina de los negocios, como tantas otras veces en aquel mismo hotel.

Pero la realidad era bien distinta. Aunque nadie podía oír su conversación, empleaban para mayor seguridad un viejo dialecto cheyenne, uno de esos modos de hablar que apenas tres o cuatro mil personas conocen en este mundo. Podían estar seguros de que ninguna de esas personas se encontraba cerca de ellos, en el Europeischer Hof de Baden-Baden.

Bradford dijo mirando al vacío:

—He recibido órdenes muy concretas de Washington de movilizar a todos nuestros agentes en Europa. Acabo de ser nombrado jefe de operaciones en este continente y tengo amplísimas facultades para decidir. Por eso he querido que vinieras

con urgencia, Purcell.

Purcell no se inmutó lo más mínimo. En cierto modo sentía envidia porque aquel hombre que tenía delante suyo, Bradford, había llegado a lo más alto, pero no lo demostró. Se limitó a preguntar con indiferencia:

—¿Ha sido por lo que pasó ayer en el Kennedy?

—Sí.

—¿Qué pasó exactamente? Sólo sé lo que han publicado los periódicos. ¿Qué fue?

—Se puede explicar en pocas palabras. Wilkinson, uno de los sabios nucleares más avanzados del mundo, iba a regresar a Israel, su país de origen. Wilkinson no sólo es técnico en misiles, sino que ha logrado fabricar en laboratorio proyectiles nucleares de corto radio de acción, que pueden ser disparados desde tanques y anulan todo vestigio de vida en dos kilómetros cuadrados de frente. Con la particularidad de que ha ideado también una combinación metálica para los tanques, gracias a la cual sus corazas les permiten penetrar en la zona radiactiva sin sufrir daño alguno. Eso significa que media docena de tanques, en un ataque por sorpresa, pueden romper cualquier frente y penetrar hasta donde quieran sin que el menor obstáculo les detenga. Les basta con lanzar un proyectil cada dos kilómetros. Sólo eso.

—Lo cual significa —dijo suavemente Purcell—, que si Israel poseía esa nueva arma, ninguno de los países árabes de Oriente Medio podría vencerle.

—Exactamente. Y Wilkinson se la iba a proporcionar. El gobierno norteamericano estaba de acuerdo en eso porque el plan de fabricación iba a ser conjunto. Todo el mundo sabe que los mejores cerebros científicos en Norteamérica son precisamente judíos, y que además Israel tiene apoyo por nuestra parte. Se trataba ni más ni menos que de un plan de cooperación entre dos naciones amigas.

Bebió un sorbo de su *whisky*, fingió repasar los números y añadió, siempre en el dialecto cheyenne:

—Por supuesto que esto planteaba una serie de problemas difíciles de resolver. En primer lugar habría un par de naciones interesadas en secuestrar a Wilkinson: Rusia y China Popular. En segundo lugar, los terroristas palestinos estarían dispuestos a

matarle a cualquier precio. Ése era el principal peligro, puesto que los agentes rusos y chinos nos son bastante bien conocidos y además no dan nunca golpes en los que pueda haber víctimas inocentes. En cambio los palestinos no tendrían el menor inconveniente en organizar una matanza. No tienen escrúpulos.

—¿Por qué no se envió entonces a Wilkinson fuera del país en secreto? —musitó Purcell—. Había muchos modos de conseguirlo.

—Por una sola razón: Norteamérica es un país libre, o al menos libre en gran parte de sus formas de vida. Wilkinson quería salir como un ciudadano más y no someterse a medidas de seguridad demasiado estrictas. Había concedido entrevistas a la Prensa y hablado por televisión, hartándose de decir que ni quería privilegios ni admitía amenazas. Por otra parte, él quería que su regreso a Israel no fuera un acto clandestino y vergonzante, sino una especie de llegada triunfal a la vieja patria. Estaba en su derecho y hubimos de aguantarnos. Para que nada faltara en ese cuadro de complicaciones, Wilkinson decidió hacer el viaje en un avión de El Al, la compañía aérea israelita. Hubimos de resignarnos y mentar un servicio especial de seguridad, que estaba a cargo del FBI, puesto que le correspondía reglamentariamente. El jefe de ese servicio de seguridad era Connery.

—Connery es uno de los mejores agentes que existen en el mundo —susurró Purcell—. Y un estupendo asesino.

Para él, eso de ser un «asesino» era una de las mejores virtudes que pueden distinguir a un hombre y a un buen padre de familia. Así van las cosas en nuestro cochino planeta.

—Sí —reconoció Bradford—, pero los palestinos fueron más listos que él, aun a costa de hacer matar a uno de sus mejores hombres. Por lo que sabemos de lo ocurrido, el cerebro que dirigía aquella operación resolvió volar el avión de Eh Al con todos los pasajeros dentro, pero sabía que iba a ser imposible introducir en el aparato la carga explosiva. Por ello dio orden a Larky de que se presentara en el aeropuerto Kennedy seguramente diciéndole que allí recibiría instrucciones. Todos nosotros sabíamos que Larky significaba bomba.

Fingió repasar otra vez los números y añadió:

—Por supuesto que el organizador de todo esto sabía que Larky iba a ser descubierto, pues en el Kennedy teníamos agentes

especializados incluso dentro de las maletas. Sabía también que iba a morir, pero fríamente lo sacrificó. Una vez descubierto, Larky era hombre muerto, aunque hay que reconocer que nos dio más guerra de la que suponíamos. Una vez liquidado, supusimos que no había tenido tiempo de colocar la bomba.

—Pero entonces una voz anónima avisó que sí, que había una bomba en el aparato —dijo Purcell.

—Efectivamente, y ahora comprendo que debió llamar el jefe de toda la operación, pero en aquel momento imaginamos que debía ser un confidente o un terrorista que a última hora quiso evitar la catástrofe que se avecinaba. El caso fue que pensamos que Larky había podido colocar el explosivo y registramos todo el aparato, absolutamente todo. Ahora bien: ¿quién lo registró? Muy sencillo: un equipo de hombres provistos de aparatos de detección para localizar las bombas. No pudimos imaginar que uno de los terroristas se había infiltrado entre ellos. La bomba iba sin duda dentro de uno de los aparatos de detección, y el asesino la dejó bien escondida mientras fingía repasar su zona. Como es lógico, esa zona no la repasó nadie más. Volvimos a cargar el equipaje, y el avión emprendió el vuelo. Estábamos todos tranquilos cuando… En fin, todo el mundo sabe lo que sucedió. La bomba era de mediana potencia, pero bastó para desintegrar una parte del Jumbo. Y la gasolina de que estaba cargado el aparato hizo el resto…

Cerró un momento los ojos, como si reviviera aquella tragedia que sin embargo no había presenciado. Purcell dijo con fingida indiferencia:

—Hablas como si hubieras estado allí, Bradford.

—No estuve, pero lo siento como un fracaso propio.

—¿Qué ha hecho Connery?

—No lo sé. Supongo que se suicidará o que matará a alguien, pero en todo caso el asunto ya no le corresponde. Ahora es de la jurisdicción del Servicio Secreto Exterior, al cual pertenecemos nosotros.

—¿Y cuál es mi papel?

Bradford retrucó con una pregunta:

—¿Dónde vives ahora, Purcell? Te he citado enviando un cable a Lista de Telégrafos, pero ¿dónde vives?

—En el Graf Zeppelin de Stuttgart. Y le debo resultar bastante

caro al gobierno del Tío Sam, porque sólo la habitación cuesta al día 105 marcos[1].

—De acuerdo. Vuelve allí.

—¿Sólo eso?

—Recibirás instrucciones por medio de dos hombres que se pondrán en contacto contigo y cuya clave será «Nation», en francés. Tú debes contestar «Bastille». Son dos estaciones de metro de París que están en la misma línea.

—Lo recuerdo perfectamente. Una vez maté a tres hombres entre Nation y Bastille —dijo Purcell con tina especie de nostalgia —. Eran buenos tiempos.

—Ellos te entregarán un pasaje aéreo. Debes utilizarlo. Te darán el nombre de una persona: debes buscarla. Yo no te la doy ahora porque en este momento aún no la sé: hay que confirmarla. Y si me preguntas por qué te he hecho venir, te voy a contestar: la orden de «muerte absoluta» sólo te la puedo dar yo, y en este momento quiero dártela. Graba bien esto en tu memoria: muerte absoluta. Ninguno de los hombres con los que te enfrentes debe quedar vivo. Ninguno. El gobierno no quiere testigos en contra cuando esto se solucione. ¿Entendido?

Purcell sonrió.

El muy marica tenía una sonrisa casi dulce.

—Quiero hacer una pregunta —dijo—: ¿quién fue el investigador que dejó la bomba dentro del aparato? ¿Ha podido ser identificado ya?

—No.

—¿Por qué razón?

—Tres de ellos han desaparecido.

—Conozco el truco —gruñó Purcell—. A dos los han secuestrado y sus cuerpos aparecerán dentro de unos días, cuando el tercero esté a salvo. Ese tercero es el culpable, pero en este momento la policía no sabe cuál de los tres es y por tanto no puede perseguirle de una forma exclusiva ni puede pedir poderes especiales contra él, como los que tú me das ahora. Perfecto.

Se puso en pie y añadió, mientras recogía sus libros:

—Hay algo que debes hacer, Bradford. Seguramente conoceré a bastantes hombres, ¿sabes? Pues bien: reza por sus almas.

Y fue a pasos menudos hacia la salida.

El muy cabrito aún ayudó a una vieja a cruzar la acera y acarició a un niño que lloraba en su cochecito. No podía negarse que Purcell era un marrano de la peor especie, pero al menos era un marrano fino. Algo es algo.

CAPÍTULO IV

Bradford subió a su habitación, que tenía unas magníficas vistas sobre el balneario estilo bizantino de Baden-Baden, y marcó un número de la ciudad de Frankfurt. Era el número de una conocida *call-girl*
es decir una de esas chicas que viven en su casa muy decentemente, pero a las que se llama por teléfono, vienen a tu casa o a tu hotel y te lo hacen pasar bomba. Siempre que en tu cuenta corriente te quede algo, claro. Porque si no, no te dejan ver ni el color de sus zapatos.

La *call* trataba a muchos hombres. Y eso daba a sus habilidades una utilidad marginal que el servicio secreto norteamericano explotaba perfectamente.

Por ejemplo la chica podía concertar citas con hombres en sitios muy discretos. Y de esos hombres nunca más se sabía nada.

Por ejemplo, podía hacer preguntas indiscretas, y en la cama se las contestaban siempre.

Por ejemplo, podía hacer chantaje.

Por ejemplo, podía pasar recados de un agente a otro.

Para eso la quería Bradford ahora.

Musitó:

—Margit.

Ella preguntó con voz melosa:

—¿Qué, chato? ¿Vas cachondo?

—Déjate de tonterías. Avisa a Kurt y a Mayer.

—¿Para qué?

—Han de hacer un trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Quiero que vayan a Stuttgart, al hotel Graf Zeppelin. Allí está

alojado en estos momentos Purcell.

—Bien.

—Quiero que le den la consigna «Nation». El contestará «Bastille».

—Bien.

—Quiero otra cosa.

—¿Cuál?

—Que lo maten.

Hubo una clara vacilación al otro lado del hilo. Margit preguntó con voz indecisa:

—¿Puedo al menos saber por qué?

—No te importa.

—Silos lo preguntarán.

—¿Y por qué han de preguntarlo?

—Me tienen confianza.

—¿Y por qué te la tienen?

—Los dos se han acostado conmigo —dijo Margit tranquilamente.

Bradford se mordió el labio inferior.

Era una buena razón, qué diablos.

—Tienen derecho a saberlo para que no se les escape —susurró al fin—. Purcell es un agente doble y lo he metido en una encerrona para que acaben con él. Conoce toda nuestra red, y si hablase quedaríamos desmantelados. Diles que actúen rápidamente y que no admito fallos. Ninguna clase de fallos.

Colgó.

Sus ojos se habían vuelto completamente inexpresivos.

A Purcell y a Connery les hubiesen gustado. Los dos hubiesen dicho que eran los ojos de un muerto.

* * *

Purcell salió de Baden-Baden en su magnífico «Porsche» color yema y se dirigió a Stuttgart a ciento sesenta por hora, volando materialmente a lo largo de la autopista. Dejó el coche en el garaje del Graf Zeppelin, tomó una copa de vino del Rhin, cosecha 1970, en el bar del hotel, y pidió la llave de la habitación. Estaba perfectamente tranquilo cuando abrió la puerta.

Los vio allí.

Le esperaban.

Eran dos gorilas cada uno de los cuales debía pasar de los cien kilos. Realmente no necesitaban armas para matar. Les bastaba con poner sus manazas en el cuello de un tío y decir: «Descansa en paz, macho».

Uno de ellos susurró:

—Nation.

Purcell dijo tranquilamente:

—Bastille.

—Entra.

Purcell entró. Cerró.

No había movido ni un músculo más de los necesarios para hacer aquello. Sus ojos no tenían expresión alguna.

Y de pronto vio las dos armas. Distinguió los orificios de los silenciadores al final de las «Luger».

No hubo palabras.

Los tipos de aquella categoría no las necesitaban. Los dos apuntaron a la cabeza e hicieron fuego.

Listos.

Bueno, al menos eso tenían motivo para pensar ellos, pero la realidad fue muy distinta. Las dos balas se empotraron en la pared sin causar el menor ruido, mientras Purcell se lanzaba a tierra con la velocidad de una rata. Los dos hombres vieron que lo tenían entre sus piernas cuando aún no les había quedado tiempo para reaccionar.

Purcell les golpeó detrás de las rodillas. Lo hizo con una perfección implacable, dándoles de lleno en el nervio.

Los pistoleros vacilaron.

Por un momento parecieron a punto de caer. Uno necesitó apoyarse en el otro mientras se volvían lanzando un rugido de rabia.

No veían a Purcell, pero sabían que tenía que estar a su espalda. Giraron sus armas antes de que el otro tuviera tiempo para nada más.

Y, en efecto, Purcell no tenía tiempo para nada, excepto para una cosa: saltar al exterior. Su cuerpo rompió uno de los cristales de la enorme ventana y se desplomó al vacío desde una altura

relativamente moderada: un primer piso. De una forma que a otros les hubiera parecido increíble, pero que en él era normal dado su fantástico entrenamiento, cayó de pies sobre las baldosas de la Arnulf-Klett Platz, donde el hotel está situado.

Echó a correr.

Su cuerpecillo era como una flecha disparada hacia la calzada. La gente aún no se había dado cuenta de lo que sucedía cuando le distinguieron pasándose a toda velocidad un semáforo en rojo.

Los dos hombres que estaban arriba no vacilaron. Sabían que su única ventaja estaba en los silenciadores y en su rapidez de movimientos, de modo que pusieron en juego las dos cosas. Desde la ventana dispararon una verdadera ráfaga.

Varios coches que iban a pasar con la luz verde se detuvieron de pronto. Dos de ellos recibieron impactos en la carrocería y otro quedó con el parabrisas convertido en fino polvillo de vidrio, pero no hubo víctimas. Sonaron gritos en la plaza mientras Purcell estaba a punto de llegar al otro lado.

Un «Mercedes» color granate se detuvo de pronto ante él.

Des hombres iban en la parte delantera. Una de las puertas traseras se abrió.

—¡Pronto! ¡Arriba!

Purcell no podía elegir.

O aquello o las balas.

Se dejó caer materialmente en el interior del lujoso coche y éste arrancó pasándose ahora la luz en rojo. Nadie se había dado cuenta de lo que sucedía realmente, a excepción de los dos hombres que continuaban en la ventana. Uno de ellos guardó el arma mientras mascullaba:

—Hay que largarse de aquí.

—Cada uno a su habitación. ¡Vamos!

Habían alquilado habitaciones independientes en la misma planta del hotel. Era el mejor sistema para no despertar sospechas, ya que no se veían obligados a salir del edificio. La policía, cuando hiciera investigaciones, les trataría como dos huéspedes más.

Mientras tanto, Purcell era conducido a toda velocidad al aeropuerto deportivo de Blakendorf, donde una avioneta de cinco plazas, ya estaba esperando. En ella voló sin contratiempos hasta Frankfurt, y allí empalmó en compañía de sus nuevos amigos con el

vuelo de una compañía que para él tenía una gran significación: la Aeroflot soviética. El vuelo Frankfurt-Copenhague estaba a punto de salir. Aquellos hombres, que parecían tenerlo todo calculado, lo alcanzaron en el último minuto.

Y a Purcell lo instalaron en el mejor asiento. Lo obsequiaron con champaña y le dieron una comida espléndida. Si aquello era la muerte, valía la pena probarla de vez en cuando para variar. Estaba bien claro que en el otro mundo lo pasa uno bomba.

CAPÍTULO V

El coronel Novikoff, del servicio de contraespionaje soviético, paseó lentamente de un lado a otro del despacho, con las manos a la espalda. Llevaba un uniforme nuevo, perfecto, y sus botas recién lustradas también debían ser nuevas porque producían un suave chirrido al andar. Novikoff tendría sólo unos cincuenta años, o sea que era un coronel muy joven, pero su mirada entre cansada y astuta era la de un hombre de setenta. Después de haberse jugado cien veces la vida tras las líneas alemanas cuando era sólo un niño, durante la Segunda Guerra Mundial, ya no había nadie que pudiera enseñarle nada. Y eso, en cierto modo, era una estirpe, porque tampoco creía en nada.

Quizá aquellos años que pasó infiltrándose de un modo increíble en los Estados Mayores alemanes habían marcado a Novikoff para siempre. De sus enemigos de antaño admiraba la disciplina, el sentido del deber y una elegancia militar que nadie les negaba. Por eso el coronel soviético tenía a veces gestos, ademanes, modos de vestir que le hacían parecer un coronel prusiano.

Purcell pensó precisamente en eso, mientras le veía andar pausadamente de un lado a otro del despacho. A través de la gran ventana se divisaba un poco de las torres rojas del Kremlin y una cierta perspectiva de los Almacenes Gum, los más populares de Moscú, al otro lado de la plaza Roja. A aquella hora la cola para entrar en el mausoleo de Lenin tendría, como siempre, varios kilómetros de longitud, y seguramente se estaba produciendo el marcial relevo de la guardia. Pero hasta aquel despacho hermético no llegaba ningún sonido, ningún rumor, y hasta diríase que la luz que entraba en él había sido previamente filtrada para que no resultara sospechosa.

Novikoff dijo en un perfecto inglés sin matices, tal como lo hubiese podido emplear un funcionario de Londres:

—Seguramente se sorprenderá de que lo tengamos aquí, Purcell, y seguramente querrá hacerme una serie de preguntas, pero antes me permitirá que le dirija yo una a usted. ¿Qué quiere beber? ¿*Whisky* «Chivas» 12 años, como siempre? ¿Puro y con un solo cubito de hielo?

Purcell echó bruscamente la cabeza hacia atrás.

—¿Cómo sabe que lo bebo así? —musitó—. ¿Y cómo sabe que ésa es mi marca?

Novikoff no respondió. Se limitó a abrir uno de los cajones de la mesa y a sacar una carpeta de color amarillo donde había sólo unas siglas. La puso delante de los ojos de Purcell. Éste la abrió.

Y quedó materialmente petrificado.

El llevaba muchos años metido en aquel sucio mundo. Podía decirse que el espionaje había sido su vida.

Pero quizá nunca había visto un trabajo tan perfecto como aquél. No sólo había allí fotografías de su infancia, sino listas de sus amigos, de sus domicilios, de sus queridas y de sus ingresos en las cuentas bancarias. Había también fotografías de las tumbas de sus padres, en un oscuro cementerio de Texas. Relación de las bebidas que prefería, de sus marcas favoritas de cigarrillos, de los tipos de mujer que le gustaban y hasta de sus perversiones sexuales, pues Purcell nunca había sido un santo.

Notó que unas gotitas de sudor resbalaban por su frente.

—Es un trabajo perfecto —dijo con un hilo de voz.

—Nos ha costado años terminarlo, Purcell.

—Falta un detalle —dijo tímidamente él.

—¿Cuál?

—El sitio donde quiero que me entierren.

—Nadie va a enterrarle —musitó Novikoff mientras servía dos vasitos de *whisky* «Chivas 12»—. Y ahora, de colega a colega, más valdrá que hablemos claro de una vez. Para que vea que soy sincero, le permitiré que me haga las preguntas primero usted. Luego se las haré yo. No pienso usar de ningún modo los circunloquios que emplearía con un novato.

—Por supuesto, coronel —dijo Purcell con voz helada—. Y tengo una montaña de preguntas que hacerle.

—Pues escúpalas. ¿No se dice así en el lenguaje de Brooklin?

—Voy a escupirlas una a una. La primera pregunta es: ¿eran agentes soviéticos los que me salvaron?

—Eso está más claro que el agua, amigo mío. También está más claro que el agua que tenemos en Alemania Federal una red formidable.

—¿Cómo sabían que iban a matarme?

—Margit.

—¿Margit forma parte de su red?

—No. Ella es inocente, pero sabemos que transmite mensajes para el servicio secreto yanqui y tenemos su teléfono controlado. Por eso nos enteramos del mensaje por el que se decidía la muerte de usted, así como también de la noticia de que es agente doble. De eso no teníamos ni idea.

Purcell no contestó. Se limitó a morderse el labio inferior bruscamente.

Novikoff bebió en silencio, después de hacer el gesto de que brindaba a la salud de su huésped. Luego preguntó con una voz casi dulce, pero que no engañaba a nadie:

—¿Para quién trabaja?

—No se lo diré, coronel. Ustedes me han salvado el pellejo y me han traído aquí, a Moscú, porque yo soy material inservible para los yanquis, pero en cambio para los rusos soy material de primera clase. Puedo soltar los nombres de la mayor parte de agentes que trabajan en la Unión Soviética. Puedo deshacer con pocas palabras toda la red de espionaje yanqui en este sector del mundo, red que se conserva a pesar de las buenas relaciones entre los dos países. ¿Es eso lo que pretende? ¿Que lo diga todo? ¿Y eso a cambio de qué?

—En primer lugar, a cambio de su vida —dijo fríamente Novikoff.

—Narices. Ustedes no van a matarme. En estos momentos ya deben saber en Washington que estoy aquí, y por vía diplomática pedirán que se me devuelva a mi patria. Como no pueden devolverme muerto ni pueden salir con el cuento de que he pedido asilo político, tendrán que soltarme y además enterito. En este momento las relaciones son lo bastante cordiales para que no se estropeen por culpa de un solo hombre, ¿entiende? Tengo todas las ventajas, de modo que no me asusto con eso de la vida, coronel. Ya

no soy un cochino novato.

Novikoff sonrió. El también era veterano y le gustaba aquel lenguaje. Con voz extrañamente dulce, explicó:

—Cierto, estimado colega, pero es que me ha entendido mal. Al hablarle de la vida no he querido decir que vayamos a matarle si no nos ayuda. Simplemente he querido recordarle que nos debe el pellejo y que debería estar agradecido… Pero la gratitud es una virtud que yo no puedo imponerle de modo que vamos a andar por otro camino. Oiga ante todo lo que queremos de usted.

—¿Qué?

—Primero: nombres de los agentes norteamericanos que trabajan en la Unión Soviética. Posiblemente no detendremos a ninguno para no enturbiar las buenas relaciones, pero los tendremos controlados. Segundo: saber para quién más trabaja. Tercero: relación de todos los otros agentes dobles que conozca.

—Eso es lo que quieren, ¿no? ¿Y qué ofrecen?

El coronel volvió a sonreír. Aquel tipo no parecía un militar, sino un diplomático. Dijo con voz pausada:

—¿Qué ofrecemos? A usted bien poca cosa, excepto la posibilidad de trabajar para nosotros en cualquier sección donde sus inmensos conocimientos nos pueden ser útiles. Buen trato, buena paga y hasta alguna bonita mujer de vez en cuando. Si eso no le gusta, podemos darle un pasaporte falso, un pasaje aéreo o marítimo para el país que nos pida y una cantidad de dinero suficiente para establecerse donde le plazca y donde los agentes del Tío Sam no le puedan encontrar jamás. Es un buen trato.

—Para mí es poca cosa —dijo quedamente Purcell.

—¿Por qué?

—La cantidad de dinero la he de fijar yo. Mis servicios soy yo quien los tarifo. No pueden elegir, puesto que mi gobierno no tardará en reclamarme. Y una de dos: o me devuelven o aceptan mis condiciones para quedarme. De modo que soy yo quien fija el precio.

—Debería darme asco un mercenario como usted —susurró Novikoff—, pero en este mundo en que vivo ya no me da asco nada. Me permito decirle, de todos modos, que no puede elegir. Si le devuelvo a los Estados Unidos, sus propios compañeros lo matarán como han intentado hacer ya. ¿O es que no se acuerda de una

ciudad llamada Stuttgart?

—Lo que me pase en los Estados Unidos es cuestión mía —dijo Purcell fríamente—. Se trata de una carta futura, y nosotros estamos jugando con cartas actuales. Yo les intereso, ¿no? Pues por lo tanto o pagan o me devuelven. Mi gobierno me reclamará enseguida.

—No, Purcell.

—¿Qué?

—He dicho que no.

Purcell rió un momento, porque todo aquello debía parecerle absurdo, pero de pronto la risita se le fue helando en la boca.

—¿Por… por qué no? —dijo con voz de falsete.

—Usted sabe que Wilkinson ha muerto y que con él murieron doscientas personas más. El atentado contra el avión de El Al en el aeropuerto Kennedy fue uno de los más brutales que recuerda la historia del salvajismo humano.

—¿Y… y qué?

—Tenemos al que lo hizo.

Purcell echó la cabeza para atrás. Diríase que la sorpresa le acababa de dejar sin habla. Sus manos temblaron en los brazos del sillón mientras farfullaba:

—¿Lo… lo tienen?

—Logró llegar hasta aquí. Lo tenía todo preparado y no le fue tan difícil.

—¿Por… por qué aquí?

Novikoff se encogió de hombros con un gesto lleno de elegancia y a la vez de cansado cinismo.

—¿Y por qué no, hermano? Éste es para él un país amigo. Para mantener nuestra presencia y nuestras posibilidades en Oriente Medio nos vemos obligados a apoyar la causa de los palestinos, pero ésa una simple cuestión de oportunismo político. En lo demás, un verdadero abismo nos separa. Nada hay tan distinto como nuestro régimen socialista y el régimen supercapitalista de los países árabes. En el aspecto ideológico nos parecemos mucho más a Israel, cuyo régimen se parece enormemente al de nuestras granjas colectivas y cuyos hombres ilustres tienden a ser de izquierdas mucho más que los árabes. Pero Israel está apoyado por Norteamérica, que así tiene un pie en Oriente Medio, y si nosotros queremos poner el nuestro hemos de apoyar a los enemigos de Israel, aunque a veces nos den

asco. El hecho de que nuestra ideología es incompatible con la de los árabes ya se vio en Egipto: apenas no nos necesitaron, nos dieron el puntapié. En casi todos los países de la media luna, los comunistas somos perseguidos. En el Irán nuestros amigos son ahorcados por docenas. Y no hablo de otros sitios.

Purcell conocía perfectamente aquello, y por lo tanto no hizo ningún comentario. Sabía bien lo que es el oportunismo político y sabía mejor aún que las naciones suelen regirse por él, y no por las normas morales. En ese sentido Maquiavelo debería tener una estatua en todas las cancillerías del mundo.

El coronel continuó:

—El hombre de quien le estoy hablando, el que puso la bomba en el avión cuando fingía estar revisándolo, se llama Ramplan. Tiene 25 años y es palestino. La organización decidió sacrificar a Larky, que ya estaba demasiado visto y no podía actuar en ningún sitio, a fin de que Ramplan, al que nadie tenía fichado, pudiera moverse. La voladura del Jumbo fue para él un fantástico éxito. Ni siquiera ha pensado un minuto en los seres inocentes que murieron, porque eso es algo que no le importa. Inmediatamente después del hecho pudo combinarlo todo para llegar hasta aquí, y ahora está convencido de que lo devolveremos a Beirut.

—¿Y… no van a hacerlo?

—Depende —dijo tranquilamente Novikoff—. Yo, en eso, tampoco tengo sentimientos. Podemos decir al gobierno norteamericano que lo entregamos a cambio de que no le reclamen a usted. ¿Qué le parece?

Purcell quedó sin habla.

Sus manos volvieron a cerrarse con fuerza sobre los brazos del sillón mientras la voz de Novikoff parecía llegar desde infinitamente lejos.

—Ya ve que no puede elegir, Purcell. Su gobierno pedirá que devolvamos a ese tal Ramplan, porque prefieren mil veces matarle a él que matarle a usted. Su olvidarán de usted inmediatamente y no reclamarán nada. Por lo tanto no tiene más remedio que quedarse al servicio de la Unión Soviética. Ya ha visto que nuestras condiciones para con usted son muy humanas.

El espía cerró un momento los ojos.

—No creo que lo tengan —dijo—. Todo esto es una miserable

patraña para que yo caiga.

—¿No cree que tenemos a Ramplan?

—No.

—Espere.

El coronel oprimió un timbre.

Un ordenanza entró en el despacho. Novikoff le dio unas órdenes en prusiano, el otro saludó con un rígido taconazo y se fue.

Volvió apenas dos minutos después. Con él venía un hombre moreno, de lacios bigotes y con una cicatriz. Tendría, como había dicho el coronel, unos 25 años. Vestía correctamente y había en sus ojos algo oscuro, algo mortal, algo maligno.

Novikoff dijo suavemente:

—Éste es Ramplan.

—Narices —gruñó Purcell.

—¿Narices? ¿Por qué?

—Porque podría ser cualquiera. Hasta el querido de mi madre.

—Su madre está muerta, Purcell.

—¿Y qué? ¿Eso le impide tener un querido?

—Yo soy un frío, Purcell, pero hay momentos en que usted me da asco. Tome.

Y el coronel le puso otra carpeta ante los ojos. En ella había una docena de fotografías tomadas en el propio aeropuerto Kennedy un par de días atrás. Purcell lo conoció perfectamente por el estado del tiempo y por las obras de reparación de un sector que se habían iniciado justo dos días antes. Se veía a los miembros del equipo anti-terrorista buscando bombas con sus aparatos detectores en un aparato de El Al que tenía que ser el mismo que estalló. Uno de los hombres que estaba con el detector era el mismo que ahora se hallaba en Moscú, ante sus ojos. Estaba en todas las fotos, aunque sin duda no sabía que alguien le enfocaba con la cámara.

—¿Se convence ahora, Purcell?

—Un perfecto trabajo —musitó él.

Abrió la boca y, con perfecta grosería, se estuvo limpiando con la uña el diente de oro que llevaba inserto justo en el centro. Luego musitó:

—No me importa lo que hagan con Ramplan. Por mí, que no lo devuelvan. En lo que a mí atañe, soy partidario de volver a mi país.

—¿Está loco?

—No. Sé que me devolverán por vía diplomática.

—Eso es cierto —reconoció Novikoff—. Legalmente no hay otro sistema.

—Una vez en mi país, ingresaré en prisión. Allí ninguno de mis ex compañeros del servicio secreto podrá matarme. Bradford y los otros rabiarán hasta comerse las uñas.

—¿Y qué?

—Un tribunal y un jurado decidirán en su día si soy culpable o no. Y me declararán inocente.

—¿Eso cree?

—Naturalmente que lo creo, coronel. El servicio secreto debe tener pruebas de que soy un agente doble, puesto que ha intentado eliminarme, pero esas pruebas no puede de ningún modo exhibirlas ante un tribunal porque se descubrirían muchas cosas que mi honorable gobierno no puede descubrir de ningún modo. Una vez me dejen libre, pediré garantías a la policía y la policía me las dará. Me largaré a cualquier país donde no me conozcan, pero eso sí, lo haré yo. No quiero que me envíen ustedes. Me fío más de un jurado formado por granjeros norteamericanos que de un comité de evaluación formado por aspirantes al premio Nobel rasos.

Novikoff entornó los párpados.

Aquel lenguaje lo entendía perfectamente.

Pero le humillaba.

Con voz suave musitó:

—¿Se niega a trabajar para nosotros, Purcell?

—En redondo.

—¿Sabe que hay muchos sistemas para doblegar la voluntad de un hombre?

—La mía no.

Novikoff cabeceó pensativamente. En el fondo empezaba a admirar a aquel tipo que en otros aspectos le había ciado tanto asco antes de empezar la conversación. Y el inteligente coronel ruso se dio cuenta entonces de que la jugada de póquer que había planteado estaba a punto de perderla.

Sencillamente, se había estado marcando un farol.

Él sabía bien que no podía devolver a Ramplan a los norteamericanos, por mucho asco que Ramplan le diera, ya que eso equivaldría a enemistarse para siempre con los palestinos y a

cerrarse las puertas que tanto trabajo había costado abrir en Oriente Medio. De modo que aunque el gobierno de Washington exigiera su devolución, ellos no accederían nunca.

Había querido hacer creer a Purcell que sí, que accederían, y por lo tanto el espía yanqui no podía elegir.

Pero Purcell no tragaba el anzuelo.

Prefería arriesgarse a volver a su país.

Y retenerlo a la fuerza en la Unión Soviética era una tontería. En primer lugar, aquel hombre no valía el precio de un conflicto diplomático serio. En segundo lugar, sólo les servía si seguía siendo un hombre inteligente, bien cuidado y con ganas de colaborar. Meterlo en una mazmorra o torturarle no serviría de nada. Aparte la enorme capacidad de resistencia de un espía profesional como Purcell, sólo le sacarían cuatro nombres inconexos. Para desmantelar la red de espionaje yanqui hacía falta muchas horas de trabajar con absoluta frialdad, ya que bastante nombres no los sabía Purcell. Sólo tenía en su mente los materiales necesarios para deducirlos, y eso requería una mente lúcida y un deseo de colaboración.

Por otra parte, la tortura y la cárcel repugnaban a un hombre como Novikoff, que siempre había jugado con una única fuerza: la inteligencia.

Estaba claro que tendrían que acabar soltando a Purcell.

Pero esa frustración no se notó para nada en sus ojos. Por el contrario, dijo con una sonrisa:

—Su gobierno aún no ha hecho ninguna reclamación. Tiene tiempo para pensarlo, Purcell.

Pulsó de nuevo el timbre, y el mismo ordenanza de antes volvió a entrar. Purcell fue sacado de aquella parte del Kremlin y llevado a otra sección que era de máxima seguridad y que consistía en una pequeña habitación con todo lo necesario para vivir, pero que en cierto modo era una celda. Y que quizá se le hubiera hecho insoportable de no ser por el televisor, las revistas extranjeras y la ventana que le ofrecía una magnífica vista sobre el cercano hotel Rusia y sobre la plaza Roja.

Entre las revistas, había incluso una en que una chica enseñaba las tetas.

Definitivamente los rusos iban entrando en la era moderna.

CAPÍTULO VI

Mientras una legión de escolares y de turistas entraba por una de las puertas del Kremlin para ver los museos que hay más allá de las murallas, otra de las puertas se abría para dar paso a un solemne «Volvo» negro conducido por un oficial soviético. En la parte posterior se sentaba un coronel al que la gente de Moscú conocía muy poco, al lado de un hombrecillo al que la gente de Moscú conocía todavía menos. El coronel Novikoff y el espía norteamericano Purcell abandonaban el sagrado recinto de la plaza Roja.

Fue Novikoff el que ordenó al conductor:

—A la embajada norteamericana.

Un coche les precedía y otro les seguía, de modo que no estaban expuestos a ninguna sorpresa. Mientras enfilaban por la Avenida Gorki, dejando a un lado la inmensa biblioteca Lenin, el coronel musitó:

—Creo que comete un terrible error, Purcell, al volver a los Estados Unidos.

—No, yo sé muy bien que no lo cometo. Corro un grave riesgo, pero prefiero hacer las cosas a mi modo y no al modo de ustedes. Usted sabe perfectamente, porque es un profesional, la enorme diferencia que hay entre una cosa y otra.

—Sí —reconoció el coronel—, la hay. Es muy posible que, a la inversa, yo hubiera hecho lo mismo.

—Por otra parte yo sabía muy bien que ustedes no iban a devolver a Ramplan, porque eso les crearía un conflicto tremendo con la gente de Oriente Medio —dijo Purcell—. Para las personas civilizadas, Ramplan es un asqueroso asesino, pero para los palestinos es un héroe. Y ustedes no pueden defraudar a los

palestinos ahora. Desde el primer momento supe que el que podía elegir era yo, y por eso he tomado la decisión que creo que más me conviene a pesar de todo.

—Es usted inteligente, Purcell —dijo el coronel en voz baja—. Yo creí que mi jugada de póquer estaba bien planteada.

—Olí el farol enseguida, coronel. De todos modos reconozco que la cosa tenía una perfecta lógica.

—Lástima que no trabaje para nosotros, Purcell.

—¿Yo? ¿Un traidor como yo? ¿Para qué lo quieren?

—Nuestro trabajo funciona sobre un cincuenta por ciento de mártires y un cincuenta por ciento de traidores, Purcell. Y usted lo sabe. Nuestro mundo es así y no podemos cambiarlo.

El norteamericano no contestó.

Estaban llegando a la embajada de su país.

Vio la verja.

La bandera.

Los árboles del jardín más allá de los cuales estaba la suntuosa casa.

El coche que les precedía se detuvo ante la verja, pero no entró porque aquél era ya territorio norteamericano. Ellos se detuvieron también. El coche que les seguía se situó a un lado, encajonándolos, para que nadie pudiera acercarse a menos de veinte yardas.

Los ciudadanos soviéticos que deambulaban por allí, no se inmutaron ni se acercaron tampoco. Sabían muy bien que las proximidades de la embajada norteamericana eran territorio peligroso.

Novikoff musitó:

—Le deseo suerte, Purcell. De colega a colega. Esta vez digo la verdad.

—Yo también a usted, coronel. Ha respetado las reglas de juego. Lo único que no me ha dicho aún es cuándo me reclamó mi gobierno.

—Ayer.

—Sí que han accedido pronto a devolverme.

—¿Y qué remedio nos quedaba? Usted no vale un conflicto diplomático. Usted es lo que en nuestro lenguaje llamamos «basura», y la basura hay que tirarla.

—Lo entiendo muy bien, coronel. Y no me ofendo.

Purcell descendió del coche.

Luego dijo con voz opaca:

—Mis compatriotas también me consideran basura, pero saldré mejor librado de lo que todos piensan. No harán nada contra mí. No me matarán.

Y pasó la verja, adentrándose en lo que ya era territorio norteamericano. Más allá de los árboles y del camino enarenado se veía el suntuoso edificio. Purcell avanzaba con una extraña expresión de paz en su rostro, avanzaba con la mirada perdida.

Y entonces le alcanzó la bala.

Fue exacta.

Fue un tiro perfecto. En aquel disparo, que tenía una precisión de joyero, hubo algo de artístico.

La bala le penetró por la nuca a Purcell y le salió por la mandíbula, sin lesionarle la dentadura. Sin embargo, cuando el espía cayó al suelo, un chorro angustioso de sangre salió despedido de su boca.

Quedó tendido en el sendero con la mirada más perdida que nunca.

* * *

Novikoff no oyó el disparo, porque había sido hecho por un rifle con silenciador, pero en cambio vio la trágica pirueta de Purcell. Inmediatamente lanzó un grito y corrió hacia el interior de la embajada norteamericana mientras hacía una seña a sus hombres para que le siguiesen.

Un grupo compacto corrió por el sendero, hacia donde estaba el caído. Pero inmediatamente tres hombres más aparecieron entre los árboles. Pertenecían al cuerpo de protección de la embajada y eran norteamericanos. Iban armados de metralletas.

Uno de ellos dijo en perfecto ruso:

—Ni un paso más. Detenga a sus hombres, coronel.

Novikoff se detuvo.

Estaba lívido.

El no llevaba armas, pero sus hombres pertenecían al servicio secreto soviético y sí que las llevaban. Das pistolas asomaron a la luz y por un momento pareció como si fuese a organizarse allí una

pequeña masacre.

El coronel masculló:

—¡Ese hombre ha sido asesinado delante de mis narices y en territorio soviético!

—Se equivoca, coronel —dijo uno de los oficiales yanquis con perfecta calma—. Ha caído muerto en territorio norteamericano.

—Pero…

—No insista o nos veremos obligados a hacer uso de las armas. Están ustedes cometiendo una verdadera agresión en zona extraterritorial. ¡Retírense!

El tono era imperioso, las metralletas les apuntaban.

Pero no fueron las metralletas las que convencieron a Novikoff, sino la certeza de que estaba pisando en falso. En efecto, él y sus hombres se encontraban ya en terreno norteamericano, y si se producía allí un solo disparo no sabría cómo justificarlo luego ante sus superiores. El conflicto diplomático sería de los que no se olvidan.

Por eso dijo rechinando los dientes:

—Algún día pagaréis esto, hijos de perra.

Pero se retiró. Tuvo que contentarse con un insulto cuartelero de los que ya tenía casi olvidados. Él y sus hombres volvieron a subir a sus coches y se alejaron de allí.

De pronto su ira se disolvió en el aire. Novikoff pensó que todo aquello, después de todo, no valía la pena. ¿Cuántos agentes dobles son eliminados cada semana en el mundo? La gente se asombraría si pudiera llevar la cuenta.

Novikoff lanzó incluso una carcajada mientras decía pensando en voz alta:

—¡Y creía que no iban a matarle! ¡El muy imbécil estaba seguro de que no iban a matarle, después de todo! En fin, confieso que yo pensaba que lo liquidarían, pero no tan pronto. Y es que en América todo es ahora supersónico, hasta los ajustes de cuentas que hace el Gobierno. Hay que ver. Van progresando mucho… Si nos descuidamos terminarán siendo tan buenos como nosotros.

* * *

Los oficiales yanquis que habían aparecido bruscamente entre

los árboles, tomaron entre sus brazos el cadáver de Purcell y lo depositaron en el interior de la embajada. Pero no entraron en ella por la puerta principal, sino que siguieron un sendero que los dejó jumo a una entrada lateral en la que también montaba guardia un centinela provisto de una metralleta.

Los hizo pasar enseguida.

Tomaron un gran ascensor metálico que llevaba a los sótanos.

Una vez allí siguieron un pasillo. Atravesaron una puerta.

Y se encontraron en una sala blanca, hostil, aséptica, que tenía un raro aspecto de depósito de cadáveres recién estrenado. En efecto, había allí una mesa de mármol que podía servir perfectamente como mesa de autopsias, pero también había varios sillones confortables, una mesita, una bandeja de plata con botellas y unos cuantos ceniceros esparcidos aquí y allá. La rara combinación de depósito de cadáveres y sala de un bar elegante asombraba.

Dos hombres estaban sentados allí, esperando.

A uno de ellos lo hubiera podido reconocer perfectamente Purcell.

Pero Purcell ya no veía. Ya no reconocía a nadie.

Aquel hombre era Bradford.

Se puso en pie y miró el fiambre.

No había en su rostro el menor vestigio de humanidad. No quedaba en él expresión alguna.

De pronto, volvió la cabeza.

Una puerta acababa de abrirse. En la sala estaba entrando una mujer.

Era diabólicamente hermosa.

Tentadora.

Una mujer nacida para todas las artes del amor.

Pero, por lo visto, la estaban empleando para todas las artes de la muerte.

Llevaba sólo una malla negra que envolvía su cuerpo escultural. La malla era tan fina y ceñida que marcaba todos sus relieves, incluso el Monte de Venus del pubis. En cierto modo era peor que si estuviese desnuda.

Bradford dijo sencillamente:

—Buen tiro.

—Espero no haberle estropeado la dentadura —musitó ella con voz cargada de indiferencia—. He disparado de arriba abajo.

Bradford abrió la boca de Purcell con la misma indiferencia con que hubiese abierto la de un animal muerto.

—No —dijo—. La dentadura está perfecta.

E hizo una seña a la mujer. Ésta se retiró.

Su lugar fue ocupado por un hombre que llevaba una bata blanca y unas gruesas gafas de miope. Cojeaba visiblemente y tenía un raro aspecto de científico salido de una película de horror. Se acercó al muerto, le abrió la boca con la mayor indiferencia y arrancó de un hábil tirón el único diente de oro que Purcell llevaba, y precisamente en la parte delantera de su boca. Era el mismo que se había limpiado ostentosamente delante de Novikoff y de Ramplan. Luego musitó:

—Vamos.

Todos pasaron a una sala contigua, olvidándose del cadáver. Y allí ocurrieron una serie de cosas que los reunidos consideraron normales, pero que a cualquier hombre no versado en los asuntos del espionaje le hubieran parecido asombrosas.

El tipo de la bata blanca colocó el diente entre dos piezas metálicas que lo sujetaban y extrajo de él, mediante unas pinzas especiales, la más diminuta máquina fotográfica que posiblemente había sido utilizada en Rusia. La máquina no sólo tenía todos los elementos necesarios para funcionar con la mayor perfección, sino que ocultaba un rollo capaz de impresionar hasta doce microfilmes. Y fueron aquellos microfilmes los que el técnico retiró con tinas pinzas todavía más pequeñas.

—Del mismo modo que hay espejos que permiten ver desde el otro lado —explicó mientras procedía a un revelado meticuloso— el plástico de que estaba hecho este diente permitía que la cámara «viese» y por lo tanto fotografiase lo que estaba delante suyo. Purcell no tenía más que fingir que se frotaba el diente para poner en funcionamiento la cámara, y luego sonreír para que el diente quedara al descubierto. Como estaba justo en el centro de su boca, podía fotografiar a la perfección todo lo que Purcell tenía delante, sin ninguna dificultad. Veamos si lo hizo bien y si se frotó o se limpió el falso diente en los momentos en que realmente había de hacerlo. Confiemos en que sí.

Trabajó durante algunos minutos y luego, cuando hubo obtenido en los microfilmes unas imágenes nítidas, los secó y los colocó en una proyectora especial que ampliaba la imagen hasta treinta veces. Las caras de los hombres que Purcell había tenido delante durante su conversación en el Kremlin, aparecieron ante los ojos de los que estaban reunidos allí.

El primero fue el coronel Novikoff.

No en vano había fingido Purcell limpiarse repetidamente el diente delante suyo.

—Es el que ha entrado en la embajada —dijo uno de los oficiales.

—Se trata del coronel Novikoff —murmuró Bradford—. Ahora sabemos que dirige la sección de Norteamérica en el servicio de contraespionaje soviético. Lo sospechábamos, pero el haber podido confirmarlo es un éxito de primera clase.

Se produjeron una serie de chasquidos.

Y fueron pasando los otros microfilmes.

Todos reproducían la misma cara.

Una expresión astuta. Unas facciones cerradas. Una melena negra. Una cicatriz en la mejilla. Unos bigotes lacios.

Los rostros de los que estaban en la habitación se crisparon.

Aquél había sido el objetivo de Purcell. Conseguir aquel rostro había sido su misión. Por eso lo había hecho todo y por eso había muerto.

Bradford dijo sencillamente:

—Hijo de la gran marrana.

Miraba aquella cara con ojos entrecerrados, como si sólo mirándola pudiese matar al hombre que la tenía.

Mientras tanto iba anotando datos en su mente. Al cabo de unos instantes dijo con voz baja, como si leyese los resultados de una computadora:

—Se llama Ramplan, y efectivamente estaba entre los técnicos del aeropuerto Kennedy. Fue él quien colocó la bomba. Ahora hace falta saber qué vinculaciones tiene con el movimiento palestino y a qué organización pertenece.

Pulsó un timbre.

Un hombre se presentó con un fichero metálico. Todo él estaba lleno de microfilmes con caras, con datos, con señas, con detalles

que un día eran insignificantes pero al otro eran decisivos. Aquel fichero había sido traído especialmente desde Washington en la valija diplomática.

Los reunidos en la habitación trabajaron más de tres horas. Guiándose por los datos reunidos y fiados en sus memorias fabulosas, lograron reconstruir en aquel tiempo la figura de Ramplan, de la que antes apenas, tenían noticia alguna.

—Criado en Beirut —dijo Bradford, resumiendo todos aquellos datos—, en un campo de refugiados. No se sabe de él que haya trabajado jamás, así como tampoco sus padres. Entrenado en Irak para acciones terroristas. Se le atribuyen diez muertes antes del atentado del Kennedy. En una incursión en territorio israelí, mató a sangre fría a tres niños. No cabe duda de que es el sucesor de Larky.

Y encajó las mandíbulas.

Sus puños blanqueaban de tanto apretarlos.

Con voz opaca dijo a uno de los oficiales que estaban allí.

—Supongo que querrá que informe al embajador.

—El embajador está al margen de esto —dijo el oficial.

—De acuerdo, pero el servicio de contraespionaje ha utilizado estas instalaciones y al menos debe informarle. Por supuesto que todo lo que va a oír es absolutamente secreto.

Y explicó con la misma voz impersonal, lejana:

—Punto uno: Cuando el avión de El Al estalló en el aire, necesitábamos saber quién había colocado la bomba. Tres hombres de los servicios de detección habían desaparecido, pero suponíamos que sólo uno era culpable. ¿Quién?

»Punto dos: Como fase inicial para descubrirlo, organicé el atentado contra Purcell. Sabía perfectamente que el teléfono de la *call girl* de Frankfurt estaba controlado y que los agentes soviéticos sabrían enseguida que Purcell iba a morir. Y que harían lo posible por rescatarlo, ya que les iba a ser muy útil.

»Punto tres: Por descontado que el atentado contra Purcell fue una pura falsedad, ya que los hombres encargados de llevarlo a cabo tenían orden de no acertarle. La comedia de Purcell al huir también resultó perfecta. Los rusos lo salvaron tal como nosotros habíamos previsto.

»Punto cuatro: Barajando las posibilidades que el terrorista del Kennedy había tenido para huir, todos los indicios señalaban que

tenía que estar en Moscú. Por lo tanto lo dispusimos todo a fin de que Purcell también fuese a parar allí, y la cosa salió bien. A Purcell se le había extraído un diente, colocándole una falsa funda con una cámara fotográfica de alta perfección.

»Punto cinco: La treta nos ha permitido fotografiar a Ramplan y saber que, efectivamente, se encuentra en Moscú. Los rusos no estarán nunca dispuestos a reconocer eso, y por ello dudaron antes de devolvernos a Purcell, quien podía hacernos una descripción del mismo. Pero una descripción no es un retrato, y como además no estaba fichado, suponían que no temamos posibilidades de identificación. Por razones políticas, tienen el máximo interés en proteger a Ramplan y devolverlo sano y salvo a un país árabe.

»Punto seis: Caso de saber que Purcell había logrado fotografiarlo, jamás le hubieran dejado salir del país. Pero no lo sospechaban siquiera. Y ahora, una vez muerto Purcell delante de sus ojos, lo sospechan menos aún. Saben que Purcell volverá a Estados Unidos en forma de cadáver que no puede hablar. Por lo tanto no tienen la menor idea de que Ramplan está identificado totalmente.

»Punto siete: En consecuencia no tomarán demasiadas precauciones al devolver a Ramplan a su país de origen, lo que nos permitirá matarlo. Es deseo firmísimo del presidente Ford que la salvaje matanza del Kennedy no quede sin castigo. Al mismo tiempo, se advierte con ellos a los países árabes que no se tolerará la acción en nuestro territorio de asesinos de ese tipo. Y los países árabes no sabrán jamás que a Ramplan lo hemos liquidado nosotros, puesto que no sospechan ni que lo tenemos identificado. De ese modo se hará justicia y además no habrá ninguna clase de complicaciones internacionales.

»Punto ocho: Para que los rusos no sospecharan jamás que Purcell había logrado sacar un informe del país, tenía que morir ante sus propios ojos. Purcell lo sabía. Y lo aceptó. Nos lo había pedido.

Hizo una mueca y añadió:

—Eso es todo. Páselo al embajador.

El oficial que había grabado aquellas palabras en una cinta magnetofónica preguntó quedamente, después de ion breve silencio:

—Hay algo que no entiendo, Bradford.

—¿Qué?

—¿Dice que Purcell sabía que iba a morir?

Bradford no contestó.

Solamente echó la cabeza para atrás y dijo en un susurró:

—En nuestra profesión no existe piedad. El tampoco tenía por qué merecerla.

Y se puso en pie.

Fue hacia la puerta.

Más allá estaba el cadáver de Purcell, que ya iba adquiriendo rigidez.

Bradford musitó:

—Ahora sólo hace falta encontrar a un asesino implacable. A un hombre que, a pesar de todos los obstáculos y aunque sea en el lugar más remoto del mundo, mate a Ramplan… Que lo mate como a un cerdo.

CAPÍTULO VII

Connery entrecerró los ojos.

Estaba clavando los rasgos de aquella imagen hasta el fondo de su cerebro, hasta lo más profundo de sus entrañas.

Tlac-Tlac-Tlac.

Cada vez que la fotografía cambiaba, se producía un leve chasquido en la proyectora. Por fin una voz susurró:

—¿Basta?

—Sí —dijo Connery.

Sus ojos estaban turbios.

No había en ellos la menor expresión humana.

Kluge, jefe del servicio secreto en el exterior, y que mandaba un departamento al margen por completo de la CIA, se puso ante él y musitó:

—Si quiere, le vuelvo a pasar las fotografías. Piense que no volverá a tener ocasión de verlas nunca más.

—No hace falta. Las recordaré perfectamente, gracias.

Kluge musitó:

—A partir de este momento permanecerán ocultas en el más absoluto secreto. Nadie debe saber que nuestro país posee esta prueba. Absolutamente nadie. Si los amigos de Ramplan llegan a capturarle a usted, Connery, nosotros no le conoceremos. Si nuestros agentes en cualquier país árabe ven como a usted lo parten en pedazos en la plaza pública, se sentarán en primera fila y contemplarán el espectáculo sin hacer un solo gesto para defenderle. Si muere en cualquier callejuela, permitiremos que su cadáver sea retirado por el servicio municipal de limpieza. Eso es todo, Connery. A partir de este momento, su misión está bien definida.

Hizo una mueca y añadió:

—Se ha presentado voluntario al saber que Bradford había vuelto, ¿verdad?

—Sí.

—¿Por qué?

—Yo fracasé en el Kennedy —dijo sombríamente Connery.

—No veo su fracaso por ninguna parte —gruñó Kluge.

—Era responsable de la seguridad del avión. Todos los servicios de vigilancia estaban a mi cargo.

—Pero la carga explosiva la colocó uno de los propios miembros del servicio de vigilancia…

—Por eso fracasé —musitó Connery—. Debí haber imaginado lo que sucedería. Y por eso quiero terminar yo esta cochina aventura.

Kluge le miró fijamente.

—Recuérdelo —dijo—. El presidente Ford nos había dado carta blanca para actuar en estos casos sin pedirle un permiso especial, pero con una sola condición: no había que comprometer al país. Ahora, sin embargo, tenemos un nuevo presidente. Aun cuando Carter no haya tomado posesión, es lógico que el presidente Ford le consulte en algunos asuntos delicados, para no «traspasarle» luego ningún lío insoluble. Y éste es un asunto lo bastante delicado para que se lo consulte.

—Comprendo —musitó Connery.

—Pero no pasará nada. Es pura rutina.

—Lo sé.

—Ahora tenga cuidado. Connery. Y suerte.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

Connery salió.

El sol le dio en la cara.

Hacía una, magnífica mañana en Washington, una de esas mañanas en que las orillas del Potomac parecen las de un país hecho pura felicidad. Ni una nube en el cielo, ni una brisa fría, ni un ruido intempestivo.

Washington le parecía de pronto una ciudad maravillosa quizá porque pensaba que la veía por última vez.

Fue a su hotel. Era el Sheraton.

Allí encontró ya la maleta nueva que le habían traído desde una tienda de Madison Avenue. Al menos en apariencia a juzgar por la

etiqueta. Lo que pasaba era que en Madison Avenue no tenían ni idea de haber hecho aquella venta, porque la maleta no había llegado desde allí sino desde uno de los «talleres» donde se proveía de lo necesario a los agentes norteamericanos en el exterior.

Connery la abrió.

Manejándola de un determinado modo, era una maleta normal. Ahora bien, si uno apretaba dos veces la cerradura izquierda y luego la derecha, la maleta estallaba en dos minutos y se convertía en una mortífera bomba. Si uno presionaba una vez hacia arriba y otra vez hacia abajo el seguro, se desprendía de éste una aguja envenenada que podía matar a un hombre en menos de tres segundos. Si la correa que envolvía la maleta se desprendía del todo, se transformaba en un látigo con nervio de acero que podía destrozar en muy pocos minutos el cuerpo de un hombre.

Pero no era eso lo que importaba a Connery, sino lo que había en el doble fondo. Allí encontró dinero en billetes de todos los países árabes, dos tarjetas de crédito, cinco pasaportes distintos, todos muy bien falsificados y todos con los visados correspondientes, billetes aéreos abiertos para todas las líneas que surcan Oriente Medio y una cápsula de veneno por si todo aquello fallaba. La cápsula de veneno podía matarle con sólo romperla entre sus dientes.

Connery lo colocó todo en su sitio.

La maleta, tal como estaba, podía pasar cualquier control de aeropuerto. No había armas en ella. En cuanto a Connery, no podía llevarlas encima porque hoy día es imposible volar con ellas a causa de los registros en las terminales. Tendría que conseguirlas a su llegada a Damasco.

Con movimientos rápidos, puso sus objetos personales en la maleta, echó un vistazo a lo que dejaba atrás y salió. Tomó un taxi y se dirigió al aeropuerto internacional.

Cuando pasaban por el Lincoln Memorial, sus ojos se entrecerraron aún más. Seguía brillando en ellos aquella lucecita de odio.

En el International Airport tomó un avión hacia México, porque no quería ir a Damasco en línea recta. Necesitaba desorientar a cualquiera que pudiese seguirle. En México tomó un avión de la compañía Aerolíneas y aterrizó en Madrid. Allí pasó una noche.

Desde Madrid voló por iberia hacia El Cairo, donde tenía que tomar contacto con su primer enlace. Éste era un tiñoso limpiabotas del zoco que le fue dando cuenta de lo sucedido mientras le embadurnaba los zapatos de un pestilente betún.

—Parece que el pájaro ha salido de Moscú —murmuró en húngaro, un idioma que Connery conocía pero que allí no entendía nadie—. Los contactos que he tenido con los palestinos apuntan a la posibilidad de que ya esté en Beirut otra vez, aunque allí se pierde su pista. ¿Tú dónde vas?

—A Damasco.

—Haces bien. El aeropuerto de Beirut está cerrado la mayor parte de los días. Muchas compañías no quieren usarlo.

—Lógico.

—¿Irás por carretera a Beirut?

—Sí.

—Pregunta por Massili. Él te ayudará.

—¿Quién es Massili?

—Un hijo de perra.

Connery sonrió beatíficamente.

—Entonces me conviene —dijo.

—Lo encontrarás, en un hotel llamado Holland, el cual es de los pocos que siguen en pie. Puedes fiarte de él en lo que concierne al asunto que llevas entre manos, pero no te fíes de nada más de lo que te diga.

—Comprendo.

—El te proporcionará también las armas que necesites. Y ahora ojalá tengas suerte. Té va a hacer falta.

Connery ni siquiera le miró al pagarle. Sólo dijo:

—Gracias.

El limpiabotas escupió al aire porque no le había dado propina. Luego gritó en árabe unas cuantas cosas sobre la madre de Connery, la más respetuosa de las cuales hacía referencia a lo que cobraba la tal madre por hacer felices a los estibadores negros en los muelles de Nueva Orleáns. Por lo visto, en eso de hacer felices a los cachondos era una artista.

Connery fue directamente al aeropuerto y enlazó con el vuelo a Damasco. El avión era sucio y olía a sudor, a perfume barato y a pies que no habían conocido el agua en semanas enteras. Las

azafatas dormitaban en un rincón, sin ocuparse de nada. Los negociantes gordos y casi occidentales se mezclaban allí, en aquel ambiente insospechado, con silenciosos tipos envueltos en turbantes llenos de roña. Cuando dejaron Egipto para volar sobre el Mediterráneo —porque no podía utilizar el cielo sobre buena parte del desierto del Sinaí ahora en poder de Israel— muchos de ellos se durmieron y otros intentaron ver si las azafatas les enseñaban las piernas.

Inútil.

Las azafatas no enseñaban ni la lengua.

Damasco no estaba en su mejor momento, si es que Damasco ha estado en un buen momento alguna vez desde que cayeron los viejos califatos de la Edad Media. La gente deambulaba por entre los zocos buscando el artículo barato o la ganga, mientras las manos de los mozalbetes intentaban birlar alguna cartera. En los pocos hoteles elegantes, flotaba una multitud de desocupados que estaban viviendo exclusivamente de la tragedia del Líbano, donde seguían haciendo negocios. En una esquina se habían apostado dos tanques cuyos ocupantes dormían sobre la coraza, mientras se desgranaba la música de unos transistores colgados de los cañones.

Connery no perdió demasiado tiempo allí porque tenía prisa. Se limitó a dormir unas horas en el hotel Larroque y al amanecer alquiló un taxi para que le llevase a Beirut. Sabía que, gracias al alto el fuego, podría ahora llegar hasta allí, puesto que habían desaparecido los controles de milicianos en la carretera.

A través de una de las rutas más viejas del mundo, usada ya por las primeras caravanas que conoció la Humanidad, el taxi renqueó para ganar las cordilleras donde se yerguen los legendarios cedros. A la izquierda quedaba el monte Hermon, perdido en la bruma, y bajo sus riscos quedaban todos los sirios y judíos que habían muerto por él. Beirut yacía allá abajo como una mujer destrozada que ya nunca más volvería a ser hermosa.

En efecto, sus principales avenidas se habían convertido en ruinas después de los brutales enfrentamientos entre derechistas e izquierdistas, llamados así aunque la política importaba poco, pues se trataba de una guerra de religiones y de intereses. Los mejores hoteles habían sido convertidos en ruinas. El lujoso Fenicia, que antes asombraba a los turistas, ya no funcionaba. La plaza de los

Mártires y las calles comerciales estaban llenas de escombros.

Connery pasó dos controles, pero le dejaron tranquilo después de comprobar su pasaporte lleno de sellos cuidadosamente falsificados. Pudo así llegar sin nuevos problemas al hotel Holland, que era donde tenía que encontrar a Massili.

Lo miró desde lejos.

Era basura, pero él había visto cosas peores en su deambular por el mundo. En la propia Nueva York los había más fétidos aún. Más llenos de maricas y de ratas.

El letrero estaba picoteado a balazos.

Pero la puerta se hallaba abierta y el local funcionaba. Una mujer que lo enseñaba todo tenía las piernas puestas en el *comptoir*. Un fulano que fumaba haschis la miraba ávidamente mientras daba vueltas a su turbante rojo, pero estaba bien claro que no le decía nada porque no podía pagarle lo que ella iba a pedir.

Connery puso su pasaporte junto a los zapatos de la hembra.

—Quiero una habitación —dijo.

—No la hay. Largo de aquí —contestó ella con el mayor cariño.

—Me la encargó Massili.

La mujer bizqueó.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo—. Tú vienes de Teherán.

Connery no venía de Teherán, pero uno de los sellos de su pasaporte decía que sí, de modo que gruñó:

—Me he ferrado.

—¿De ganar billetes?

—No.

—¿De sobar tías?

—No.

Ella escupió:

—Peor para ti, marrano.

—No he podido encontrar una tía buena en todo el país. Y, ¿qué quieres que te diga?, uno se acostumbra a todo. Aprovecho lo que me sale al paso.

—Pues aquí las hay. Las que quieras. Toma la llave.

Connery la miró. Era la treinta y dos. Tercer piso. Un ascensor renqueante y que olía a chinches le condujo hasta allí.

Tomó una ducha, pero hasta el agua parecía de segunda mano.

En aquel momento sonó el teléfono.

La de abajo preguntaba:

—¿La quiere ahora?

—¿El qué?

—¿Qué va a ser? La tía.

—Después de cenar —susurró Connery.

—Creí que venías hecho un tigre, después de lo del Irán.

—Se me ha pasado —gruñó Connery—. ¿Sabes si Massili va a pasar hoy por este cochino hotel?

—Ni idea. Bueno, ¿quieres la tía o qué?

La mujer de abajo hablaba un francés correcto, y por lo tentó, Connery la entendía muy bien. Dijo resignadamente:

—Bueno, que suba.

Y la tía subió.

Se oyó un taconeo en el pasillo.

La puerta se abrió.

La mujer que antes había estado enseñando las piernas en el *comptoir* apareció en el umbral.

Connery gruñó:

—¿Pero dónde está?

—¿Quién?

—La tía.

—La tía soy yo.

Connery dijo con un suspiro:

—De modo que te estabas haciendo propaganda tú misma.

—¿Y qué tiene eso de malo? Una se tiene que promocionar. Pro-mo-cio-nar. Y no estoy tan mal, ¿sabes? Hala, toca cacha.

Connery tocó.

No, no estaba mal.

¡Qué diablos iba a estarlo!

Ella susurró dulcemente:

—¿Qué? ¿Soy una tía?

—¡Vaya…!

—Pues tú eres un tío.

Aquello acabó mal. Muy mal. Precisamente. Claro que para acabar mal de esa manera hay gente que se pasa la vida trabajando y muere sin haberlo conseguido. Mire usted en torno suyo, amigo lector. La mayoría…

CAPÍTULO VIII

Connery empezaba a estar ya mareado, porque aquella mujer era insaciable, cuando la puerta se abrió. Entonces se dio cuenta de que ni siquiera se habían acordado ele cerrarla, pero esas cosas en el hotel Holland importaban poco.

Un tipo que vestía unos pantalones oscuros y una cazadora ele piel apareció en el umbral. Llevaba bajo el brazo una metralleta y una revista que traía una noticia desalentadora. «Beirut se queda sin mujeres», decía la portada.

El intruso dijo con voz opaca:

—Lo siento, Connery, aunque supongo que ya tenías ganas de que alguien viniera a salvarte.

—Sí —dijo Connery con un bostezo—. Estaba a punto de pedir socorro. ¿Pero tú quién eres?

—Massili.

La mujer lanzó una maldición en voz baja y puso los pies en el suelo. Así, de pie, estaba todavía mejor, porque era esbelta y tenía las curvas llenitas. Mientras miraba con desprecio a los dos hombres gruñó:

—Ahora que empezaba a distraerme… Para mí la segunda hora es la mejor.

—Pues para mí la segunda hora es el umbral del cementerio —dijo Connery con una especie de gemido agónico—. ¡Menudo tren llevabas!

Cuando ella se hubo marchado, Massili se sentó en un borde de la cama. No parecía sentir el menor interés por lo que había visto, como si se pasase la vida entrando en habitaciones donde la gente se hacía el amor. Mientras Connery se vestía, dijo con voz metálica, empleando el idioma húngaro:

—Supongo que te dieron las instrucciones bien concretas. Al llegar a Beirut tenías que ponerte en contacto conmigo, puesto que soy el enlace del servicio secreto norteamericano en esta zona. Si tenías alguna pequeña dificultad, podía resolvértela la simple pronunciación de mi nombre.

—Sí —dijo Connery—, he sabido que me habías reservado habitación.

—Y hubiera ido a recogerte al aeropuerto de Damasco para acompañarte hasta aquí, pero he preferido que nadie nos viera juntos en sitios públicos porque empiezo a ser demasiado conocido en esta zona. Supongo que dentro de muy pocos meses tendré que pedir que me cambien. Bien. Lo primero que necesito saber es si has tenido algún tropiezo.

—Ninguno. Hasta ahora todo ha ido bien.

—Lo celebro. Algunos hombres que llegaron antes que tú no han podido decir lo mismo.

—Me dijeron que me facilitarías armas y datos sobre Ramplan —musitó Connery mientras acababa de ponerse la americana—. Lo único que necesito es una pistola de tiro rápido, con balas blindadas, y un cuchillo que tenga mango de plomo para poder lanzarlo. Lo demás es asunto mío.

Massili hizo una leve mueca mientras gruñía:

—Lo siento, Connery, pero nada de eso te lo voy a poder proporcionar.

—¿Por… por qué?

—La misión ha sido anulada.

Connery cerró un momento los ojos, mientras echaba la cabeza hacia atrás. De pronto tuvo la oscura sensación de que le habían dado un golpe en mitad de la cabeza.

—¿Han encargado del trabajo a otro? —preguntó sordamente.

—No. Lo que digo es que la misión ha sido anulada.

—¿Anulada? ¿En qué sentido?

—Nadie va a matar a Ramplan.

Nuevamente Connery tuvo la sensación de que le habían dado un golpe en la cabeza, pero esta vez no cerró los ojos. Mientras apretaba los puños preguntó con una voz que no parecía la suya:

—¿Eso significa que la matanza del Kennedy va a quedar sin venganza?

—Sí.

—Pero… ¿pero por qué?

—Carter, nuevo presidente de Estados Unidos, aún no ha tomado posesión de su cargo, pero Ford ya le pone al tanto de algunos asuntos delicados a los que luego tendrá que dar una solución. Y Carter ha pedido que el servicio secreto no intervenga en esto hasta que se hayan aclarado una serie de puntos en la situación de Oriente Medio. Por lo tanto, y al menos de momento, ningún agente secreto norteamericano molestará a Ramplan.

A Connery se le abría la boca sin que pudiera evitarlo. Su rostro formaba una extraña mueca.

—¿Y para eso murió Purcell? —balbució.

—Mucha gente muere en las guerras —dijo filosóficamente Massili, encogiéndose de hombros—. Ya se sabe. En todas las guerras hay un presidente que las empieza y un presidente que las termina.

—Y Carter es de los que las terminan, ¿no?

—Realmente sí. Lo que ha pedido es tiempo para reflexionar, pero no quiere empezar su mandato teniendo un conflicto. Aunque Ford podría disponer lo contrario, no hará nada que luego pueda perturbar la política de su sucesor, siguiendo en esto una norma de ética que encuentro muy razonable.

—¿Y dónde está Ramplan, ahora?

—En Beirut.

—Sí, pero ¿dónde?

—En el hotel Atlantic. Aquél sigue siendo un feudo de los palestinos, a pesar de que los falangistas libaneses les echaron de allí. Pero después del acuerdo de «alto el fuego» con los sirios, han vuelto a ocuparlo.

—Ah, ya.

De pronto el rostro de Connery reflejaba una total indiferencia. Hasta en cierto modo hubiera podido decirse que aquel rostro reflejaba alivio.

Mientras se encogía de hombros, preguntó:

—De modo que es una orden.

—Sí. Déjalo todo y vuelve a Estados Unidos. Seguro que allí tienen alguna otra misión que encargarte.

—¿Y tú qué pintas en esto?

—Dos cosas. La primera consistía en trasmitirte la orden, y eso ya lo he cumplido. La segunda consiste en sacarte del país sin que la gente de Ramplan sospeche ni siquiera que has estado aquí. Hay un barco que te llevará a la isla de Creta, y desde Creta podrás volar tranquilamente a Roma y Estados Unidos.

—De acuerdo, Massili.

—¿Necesitas dinero?

—Tal vez me haga falta un poco de moneda italiana. No tengo. Y cuanto menos enseñe el pasaporte para cambiar, mejor.

—No te preocupes; eso lo arreglo.

Y Massili metió la mano derecha en uno de los bolsillos de su cazadora.

Fue lo último que hizo.

El golpe en la nuca le hizo tambalearse. Cuando intentó acordarse de que tenía una metralleta, ya era demasiado tarde.

El segundo golpe por poco lo deja capón.

Se inclinó hacia adelante, boqueando angustiosamente.

Y el gancho en la mandíbula lo envió para atrás, dejándolo tendido en la cama. De su boca escapaba un grueso chorro de sangre.

No estaba muerto. No. Connery sabía que no le había golpeado para matar, pero en cambio lo tendría sin sentido más de dos horas. Y aun así, su cerebro completamente obnubilado tardaría casi un día entero en recobrarse. Durante todo ese tiempo, Massili no sería un enemigo que valiese la pena.

Miró entonces su metralleta.

Mucha gente exhibía armas de aquella clase por las calles de Beirut, como ya había notado, pero eso no le servía. No le dejarían entrar con una metralleta en el hotel Atlantic. Necesitaba algo más discreto, como por ejemplo una pistola que contuviera balas explosivas.

Registró las ropas de su compañero y encontró un revólver «Python» de cañón corto, con un plomo en cada una de las seis recámaras. El peso de aquellos proyectiles le hizo comprender que cada uno de ellos tenía en sus entrañas una carga explosiva capaz de convertir en pedazos el cuerpo de un hombre.

Buscó más balas por los bolsillos, pero Massili no las tenía. Eso significaba que tendría que habérselas con todos los palestinos da

Beirut llevando solo seis plomos en la mano derecha.

Pero no le importaba.

Ramplan tenía que morir aunque el nuevo presidente de Estados Unidos no quisiese ningún conflicto.

Tenía que reventar.

Connery salió mientras se remetía el revólver entre la camisa y el pantalón.

Pensó caritativamente:

«La primera bala se la meteré en la boca».

CAPÍTULO IX

La mujer parecía haber estado acechando. Casi emergió de las sombras como una aparición rodeada de curvas.

—¿Te has librado de él? —preguntó.

—¿Qué…?

—Digo que si ya no va a molestamos más.

—Pues… no creo.

—Entonces adelante. Échalo de la cama abajo y continuemos con la sesión. Aquí no ha pasado nada.

Por lo visto, la dueña del hotel aún tenía reservas para rato. Pero como Connery ya no las tenía, balbució con voz gimiente:

—Socorro…

Y se dejó caer escaleras abajo.

Ella gritó:

—¡Marica!

Medio Beirut debió enterarse.

Connery gimió:

—Sólo me faltaba eso…

Y salió de hotel Holland, al que ya no pensaba volver. Eso significaba que perdía la maleta, los pasaportes falsificados y el dinero, pero esperaba poder arreglárselas sin todo aquello. En todo caso, ya no podía elegir.

Fue hacia el paseo marítimo.

La que había sido zona elegante de Beirut, la ancha avenida que llevaba desde el aeropuerto a las distinguidas inmediaciones del Fenicia, era ahora una calle poblada de ruinas. Aunque muchas casas seguían en pie todas estaban cribadas por los disparos y con los cristales rotos. Como las puertas no existían, los saqueadores entraban allí como ratas hambrientas, destrozándolo todo. Lo que

había sido un magnífico mirador sobre el Mediterráneo oriental, se estaba convirtiendo en un escenario dantesco para una película que hubiera pedido titularse *La última batalla.*

Connery sabía que el hotel Atlantic se encontraba allí. Sabía también que sólo disponía de veinticuatro horas para liquidar a Ramplan, porque transcurrido ese tiempo los propios norteamericanos harían imposible su salida de Beirut.

Desde la vieja baranda que separa el paseo de las olas mediterráneas, Connery vio el edificio.

Era uno de los pocos que se encontraban relativamente intactos. En la puerta había un tanque, bloqueando la entrada, y en cada esquina se veían centinelas que vigilaban estrechamente. Eso no tenía nada de especial, porque el edificio podía ser una presa codiciada para los comandos israelíes que más de una vez habían hecho en Beirut incursiones sangrientas. Si aquél era de momento el corazón de la resistencia palestina, tenía que estar bien guardado por fuerza.

Connery tragó saliva penosamente.

Vio que no había modo de entrar.

¿O sí?

Con un violento chirrido de cadenas, el tanque se apartó para dejar paso a un camión con víveres. Dos esquinas más allá se veía a otro de similares características, cargado hasta los topes, y que avanzaba penosamente entre las primeras sombras de la noche.

Connery pensó en hacer un intento desesperado para acercarse a él, pero la suerte vino en su ayuda. Un motorista se cruzó en el camino del camión y éste hubo de frenar bruscamente, mientras se oían maldiciones en todos los idiomas que estaban dedicados a la mayor gloria de Alá. El incidente duró un par de minutos y salieron a relucir unas cuantas armas, pero al fin no pasó nada. Cuando el camión siguió adelante, Connery ya estaba metido debajo de la lona.

Con una sola compañía.

Un cadáver.

Al tipo que vigilaba allí, Connery le había hundido en la nuca el estilete sacado de la cerradura de la maleta. Era la única cosa que había extraído de allí.

Notó que el tanque volvía a apartarse.

Unos metros más.

Un frenazo.

Unas voces.

Bueno, ya estaba en el interior del hotel. Y aunque sabía que aquello era suicida, aunque estaba seguro de que no iba a salir vivo de allí, no se produjo en sus nervios la menor vibración ni se produjo en su alma el menor miedo.

Entendió muy bien las voces, mientras sus músculos estaban en tensión. Alguien estaba ordenando:

—Lo descargaremos mañana.

—¿Y Akbar?

—¿Quién?

—Akbar, el que vigilaba el interior del camión.

—Habrá salido ya.

—¿Tú lo has visto?

—No, pero seguro que ha tenido que salir.

—Bueno, cuando le veas le dices que entregue el parte.

Se oyeron unas voces que se alejaban y luego unos cuantos pasos más. Connery aguardó entre las cajas mientras todo en su cuerpo estaba tenso, dispuesto para la acción. Pero al fin fue serenándose, conforme pasaban los minutos, porque se dio cuenta de que el camión no lo tocaría nadie aquella noche.

Se agazapó mejor entre las cajas.

Y dejó pasar el tiempo. Los ruidos en torno suyo se iban haciendo más escasos, porque aquélla debía ser una noche tranquila. Por fin Connery se decidió a salir al exterior y empezó a deslizarse por entre las cajas.

Miró por un borde de la lona.

No se apreciaba a nadie en las cercanías. Había dos hombres a cierta distancia, pero jugaban a los naipes sin enterarse de nada. Connery se deslizó sin ruido y fue hacia unas escaleras de servicio que subían a los pisos superiores.

Llegó a un comedor.

Allí parecía haberse celebrado una orgía poco antes.

Restos de comida por todas partes.

Botellas rotas.

Prendas femeninas olvidadas en las sillas.

Y en un rincón una chica borracha que de vez en cuando

vomitaba con los ojos en blanco.

Connery le dijo desde su espalda, procurando que no le viese:

—Busco a Ramplan.

Por suerte tenía un buen acento cuando hablaba el árabe, de modo que ella no notó nada anormal.

—Ese hijo de víbora… —masculló la mujer mientras volvía a vomitar—, ese marrano parido por una marrana…

—Sí, ya sé. Te ha pegado, ¿no?

—Sólo se divierte pegando. Sólo disfruta con las mujeres cuando las maltrata… Me ha estado pegando patadas en el vientre hasta que…

Connery cerró un momento los ojos.

No le sorprendía nada de lo que aquella muchacha estaba diciendo acerca de Ramplan. Un tipo capaz de volar un avión con más de doscientos pasajeros dentro, ¿qué sentimientos podía albergar?

La razón que pudieron tener los palestinos al querer recuperar su tierra se estaba diluyendo, perdiendo, al haber caído en manos de aquellos asesinos. Los que empuñaban ahora su bandera no eran más que unos locos o unos cobardes. ¿Es que entre aquel pueblo no había nadie que supiera reaccionar? ¿Es que iban a dejarse representar siempre por hombres como Ramplan? ¿Por qué no actuaba la gente con sentido común que sin duda había entre ellos?

Pero ésa era una cuestión que, en el fondo, ya no le importaba a Connery. El solo quería hacer lo que no pudo hacer en el aeropuerto de Nueva York. Quería lavar con la sangre de un solo muerto la sangre de más de doscientos muertos.

Era lo menos que se podía pedir.

—Gracias, nena.

Y le dio un golpe en la nuca.

Subió por las escaleras poco a poco.

La vigilancia en el interior era casi nula, quizá porque todos los que estaban allí confiaban en que no podría entrar ningún intruso. Además había tal cantidad de borrachos que nadie vigilaba a nadie.

Connery llegó al primer piso.

Había vomitaduras en algunos sitios. Hombres durmiendo pesadamente mientras aún abrazaban los rifles. Botellas rotas y bandejas por el suelo.

En algunas habitaciones se oían risas de mujeres. La orgía debía continuar tras las puertas cerradas.

Connery empuñó el revólver.

Y de pronto una de aquellas puertas se abrió. Un tipo que tenía casi los ojos en blanco a causa de lo que había bebido, apareció en el umbral. Se tambaleaba, pero no estaba lo bastante borracho como para no darse cuenta de que el hombre que estaba allí, en el pasillo, era un cochino intruso.

Lanzó un aullido.

—¡Eh! ¡Los judíos han entrado aquí!

Connery no era judío, ni falta que le hacía, pero para el caso era lo mismo. Lo matarían igual que si lo fuese. Be modo que no perdió ni una décima de segundo en quitarle la razón a aquel tipo.

Y de paso quitarle la cabeza de encima de los hombros.

Hizo un solo disparo. La bala explosiva se convirtió en una pequeña bomba en el interior de la cabeza de aquel hombre, y la disgregó en pedazos que fueron a parar a gran distancia. Toda la puerta de la habitación que estaba a medio abrir, se tiñó siniestramente de rojo.

Connery lanzó una maldición.

Estaba descubierto y no había conseguido nada, puesto que matar a un simple guerrillero era perder el tiempo. Lo que él necesitaba era liquidar a Ramplan, y por ahora no llevaba camino de conseguirlo.

Ni siquiera sabía dónde estaba el asesino. No conocía tampoco el interior del hotel ni sabía adónde ir. Se había metido por completo en la boca del lobo.

En aquel momento una mujer apareció en el umbral casi pisando el cadáver. También estaba borracha, pero se puso a aullar al ver a Connery. Éste se dio cuenta de que podía hacer cualquier cosa menos quedarse quieto en aquel pasillo, como un idiota. Allí le cazarían por todos lados.

De modo que entró en la habitación.

Vio que había una mesita baja.

Bebidas por todas partes. Botellas rotas. Vasos sucios. Dos tipos semidesnudos que hasta aquel momento se habían dejado acariciar por una tropa de mujeres que no llevaban absolutamente nada encima.

Connery no contó a las mujeres, pero le pareció que eran al menos media docena. Aprovechando la clásica esclavitud de la mujer árabe, aquellos tipos no se privaban de nada. Se daban una gran vida.

Y la verdad fue que también tuvieron una gran muerte.

Mucha gente desearía diñarla así, después de haber comido y bebido hasta hartarse y después de haber acariciado palmos y palmos de piel femenina. Y encima sin enterarse ni de lo que pasa.

Porque los impactos fueron tan brutales que se llevaron por delante medio cuerpo de aquellos tipos. Las balas explosivas eran de las más terribles que Connery había visto en su vida.

Pero ahora sólo le quedaban tres proyectiles.

Como las mujeres se habían puesto a chillar desaforadamente y a tirarse de los pelos como si ya estuvieran en un entierro, Connery comprendió que no podía seguir ni un instante más allá. Además, el grito de alarma se había extendido por todo el hotel y aun por toda la zona:

—¡Los judíos están aquí!

A Connery le reventaba que le matasen como un judío, puesto que no lo era. En consecuencia, y ya que había fracasado en su intento de matar a Ramplan, hizo lo único que podía hacer: lanzarse por la ventana de aquella habitación.

Sabía que estaba en un primer piso y que no podía hacerse demasiado daño, pero tuvo más suerte de la que esperaba: la ventana daba a un patio que estaba apenas a dos metros más abajo, y sobre el que cayó de pie.

Todo aquel edificio que había sido lujoso olía ahora a retrete de cuartel. Por las paredes se deslizaban sucios goterones ele materias inclasificables. Un hombre completamente borracho debía haber caído antes desde una de las ventanas superiores y se había estrellado contra el suelo, donde yacía ahora en medio de un charco de sangre.

Aquello era la destrucción total, era el caos.

Connery saltó sobre el muerto, al dirigirse hacia una puertecilla que parecía ser la única salida.

Hizo bien en moverse con rapidez, porque de lo contrario lo hubiesen convertido en un colador. Un guerrillero se puso a disparar desde arriba con una metralleta.

Las balas picoteaban toda la terraza. Pero el hombre que disparaba desde la ventana no se dio cuenta de que estaba asomando medio cuerpo por ella.

Mal asunto. Uno suele resfriarse cuando se asoma tanto.

Aunque en este caso el fulano no se resfrió, sino que se «calentó». La bala explosiva le hizo «Braaang» en mitad del pecho.

Lo que quedaba de aquel cuerpo humano cayó a la terraza con un aullido agónico.

Mientras tanto Connery abrió la puerta y se encontró en un pasillo de servicio que terminaba en un almacén lleno de sacos. Algunos formaban unas pilas más que respetables, casi hasta la altura del techo.

Le quedó el tiempo justo para ocultarse detrás de una de aquellas pilas cuando cinco hombres armados irrumpieron de pronto por el otro lado del almacén.

Debían ser una especie de patrulla de seguridad del edificio y tenían ya los dedos sobre los gatillos.

Estaba claro que descubrirían a Connery en cuanto registrasen el almacén. Connery hubo de hacer entonces uno de los más violentos esfuerzos de su vida. Tuvo la sensación de que todos sus músculos iban a romperse.

Entre la pared y la pila de sacos había un hueco en el que él estaba oculto, de modo que apoyó los pies en aquella pared y la espalda en la masa de sacos, elevándose en el aire como si quisiera así trepar hasta el techo. Pero lo que hizo en realidad fue presionar con todas sus fuerzas la masa de sacos hacia adelante.

Los de arriba vacilaron un poco.

Los cinco vigilantes pasaban en aquel momento por el otro lado, pero no se dieron cuenta de que el mundo entero parecía vacilar sobre sus cabezas. Sólo uno de ellos gritó de pronto:

—¡Cuidado!

Ya era demasiado tarde.

Los sacos de arriba cayeron al vacilar los de abajo, que les servían de soporte. Cuando los hombres intentaban apartarse, ya caían sobre ellos varias toneladas de peso.

Se oyeron rugidos.

Maldiciones.

Y, por último, un «ssflaaaam» definitivo unido a un «craaaaac»

de huesos. Todos los hombres que entraron en el almacén acababan de morir aplastados.

—Los sacos siguieron cayendo hasta formar encima de ellos tina masa informe. Aquellos cuerpos quedaron de tal modo que no los hubiera reconocido ni su propia madre.

Connery se acercó a los sacos, vio que por debajo de ellos aún asomaba el cañón de una metralleta y tiró hacia atrás con todas sus fuerzas, hasta sacarla. Iba a necesitar un arma rápida para abrirse paso hasta la puerta.

Pasó entonces por encima de los sacos.

De pronto se arrojó sobre ellos como un combatiente que busca refugio en una trinchera.

Otro hombre había aparecido al final del pasillo, pero éste llevaba dos granadas de mano. Se dispuso a arrojar una al ver a Connery.

Éste ya apretaba el gatillo.

Todo sucedía con una rapidez frenética.

La ráfaga fue enloquecedora.

Ra-ta-ta-ta-tat…

Parecía no ir a terminar nunca. El hombre rebrincó contra la pared, giró sobre ella, dejó en el aire pedazos de su propio cuerpo al recibir la terrible rociada de balas y al fin soltó la granada de mano. Ésta hizo explosión a sus pies, con lo cual lo que quedaba de aquel tipo desapareció casi por completo. Cuando Connery pasó por allí, tuvo buen cuidado de no patinar sobre los restos.

Salió a unas escaleras.

El tumulto era espantoso. Guerrilleros armados con metralletas subían y bajaban confusamente entre un mar de gritos que hacía imposible dar una orden con sentido común. Nadie se fijó de momento en Connery, aunque éste dio por descontado que su suerte duraría muy poco.

Empezó a bajar precipitadamente las escaleras para dirigirse a la puerta.

De pronto alguien gritó:

—¡Allí!

Connery se volvió con la metralleta a punto.

La ráfaga volvió a ser enloquecedora otra vez.

El hombre que le estaba señalando desde la altura del primer

piso hizo una especie de vuelo sin motor por encima de la barandilla y se estrelló contra el vestíbulo. Connery corrió hacia él.

Porque había visto que llevaba en la cintura dos bombas de mano.

Se las quitó en menos de dos segundos y las lanzó contra la entrada. Cinco palestinos que en aquel momento llegaban con metralletas las recibieron de lleno.

Saltaron en todas direcciones, pero sólo uno de ellos se dio cuenta. Fue el único cuyo cuerpo no se deshizo en pedazos.

Aquel hombre aún intentó disparar, pero el puntapié que Connery le atizó en la boca le envió definitivamente al reino de los sueños. Había sido un golpe de comando, un golpe de los que matan.

Inmediatamente, Connery saltó por encima de los muertos. Ahora estaba fuera del hotel, frente a la balaustrada del paseo marítimo, entre un maremágnum infernal de disparos, de gritos, de maldiciones y de ayes. Los árabes son muy aficionados a la pólvora y la gastaban sin tasas. Se estaban tiroteando unos a otros, de ventana a ventana, creyendo que aquello era un golpe de mano israelí, sin darse cuenta de que el verdadero enemigo se les escapaba por piernas.

Solamente un tirador llegó a comprender la verdadera situación. Se puso en pie sobre la balaustrada mientras preparaba la metralleta.

Apuntó a la espalda de Connery.

Lo tenía perfectamente enfilado con su punto de mira.

Sus dientes chirriaron de rabia y de placer cuando iba a apretar el gatillo.

La bala le penetró entonces por en medio de los dos ojos.

No se dio cuenta.

Pero era una bala del nueve largo, una auténtica bala de fusil con punta blindada, y por lo tanto le perforó la cabeza de lado a lado. El hombre de la metralleta cayó directamente a la playa mientras lanzaba un breve gemido.

Lástima que ya no hubiera sol a aquella hora. De lo contrario, el tío se hubiese puesto más moreno que un turista.

CAPÍTULO X

El muerto no había visto desde dónde le disparaban, pero Connery sí que lo vio. Por lo tanto se dirigió en línea recta hacia el coche parado desde una de cuyas ventanillas había surgido el tiro de fusil.

Abrió la puerta del otro lado.

Y entonces vio el fascinante espectáculo.

Aquella faldita corta.

Aquellas piernas sensacionales.

Aquella boca descarada.

Aquella expresión de ramera de lujo que cobra un millón de dólares al año por hacer el amor en las embajadas.

Connery también hubiera podido fijarse en el fusil que acababa de repartir la muerte, pero pensó que eso no valía la pena.

Ella dijo sordamente:

—Sube.

Connery no necesitaba la invitación, porque ya estaba subiendo. Vio que ella metía la mano en el cambio de marchas y él metió mano también. La princesa ni se enteró.

Sin cambiar palabra, salieron a toda velocidad de aquella parte de Beirut para dirigirse a las primeras estribaciones del Atlas, donde están las fincas de verano de los ricos comerciantes árabes. Desde allí se divisaba una magnífica vista del puerto, de la ciudad, de las playas y del infierno que era todo aquello. A pesar de la distancia, todavía se escuchaban disparos aislados y cortas ráfagas de ametralladora en la zona del hotel Atlantic.

Las casas de recreo estaban casi intactas, aunque algunas habían sido ocupadas por refugiados que terminarían por destrozarlas muy pronto. La desconocida se metió por detrás de un viejo cementerio con sus centenares de monolitos blancos que recordaban las

virtudes del difunto (aunque el difunto hubiese matado a su padre), y luego penetró en un edificio aislado donde no brillaba más que una lucecita. Connery se dio cuenta de que nadie les había seguido hasta allí, lo cual era lógico porque la chica había rodado a gran velocidad y porque además, en Beirut nadie podía controlar a nadie.

Pasaron a una habitación cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas. Sólo entonces encendió la desconocida la luz.

Y se mostró perfectamente a los ojos de Connery.

Escultural.

Perfecta.

Casi diabólica.

—Eres la zorra más perfecta que he conocido —dijo Connery como si aquello fuera un cumplido.

—¿Por qué?

—Porque se nota que vas a lo tuyo. Los hombres vivos te importan aún menos que los hombres muertos.

Ella se encogió de hombros mientras se sentaba enfrente de él, descuidadamente. Luego murmuró:

—Claro que voy a lo mío —dijo—, pero en este caso lo mío eras tú. Reconocerás que te he salvado el pellejo.

—Sí, eso lo reconozco, aunque no estoy seguro de que valga la pena. Como no estoy seguro de que valga la pena conocer tu nombre.

—Me llamo Rosanna —dijo ella.

—¿Qué eres?

—Armenia, pero de muy niña fui a Estados Unidos. Por eso trabajo en la embajada norteamericana en Moscú, ya que mis padres me enseñaron, prácticamente todos los idiomas que se hablan en Rusia.

—¿Y qué haces en la embajada norteamericana en Moscú?

—Estoy en el servicio de protección.

—¿Qué significa eso?

—Que si hay que trincar a alguien, lo trinco. En el manejo del fusil hay muy pocos que me superen.

Y añadió con voz opaca, con una voz que no tenía matices, indiferente, sin sensibilidad alguna:

—Yo fui la que maté a Purcell.

—¿Quéeeee…?

—Sí —repitió con la mayor tranquilidad, mientras se servía un vasito de vodka—, yo fui la que le clavó una bala en la nuca cuando ponía los pies en la embajada norteamericana en Moscú.

—¡Infiernos! Pero tú eres… eres…

—Cumplí órdenes —le cortó secamente Rosanna—. Purcell tenía que morir para que su misión fuese un éxito. Lástima que el presidente haya decidido ahora que aquello no tiene que servir para nada.

—Pero aquello fue una salvajada, Purcell no era un agente doble… No debía morir… Él nunca pudo ser un traidor… El no…

—No, no era un traidor —dijo secamente la hermosa mujer, con una voz dañina—. Simplemente pensó que podía ofrecer su vida por algo que valía la pena, y lo hizo.

—Entonces… ¿él estaba de acuerdo en morir? —preguntó el joven con voz entrecortada por el asombro.

—No sólo estaba de acuerdo, sino que lo pidió.

—¿Por… por qué?

—Sufría cáncer en estado bastante avanzado. Le quedaba un año de vida, un año durante el cual se iría convirtiendo en un pobre pingajo. Y él lo sabía. Prefirió morir como un hombre un año antes, haciendo además un servicio a su país.

Connery tuvo que cerrar un momento los ojos.

Sentía un sudor frío en las sienes.

Musitó:

—Dios santo…

Y eso que él casi nunca se acordaba de Dios.

Hubo un silencio denso, casi pesado entre ambos, como si entre sus figuras flotara la sombra invisible del muerto. Por fin ella le pasó otro vasito de vodka y musitó:

—Toma, bebe lo que quieras. Cuando el vodka es de primera calidad, no hace daño. Y ahora voy a decirte por qué mis jefes me han enviado aquí, voy a decirte también por qué te he salvado.

Connery no bebió. La miró con sus ojos vacíos y helados.

—¿Por qué? —musitó.

—Tú te cargaste a Massili.

—Hijo de la gran zorra —fue todo lo que dijo Connery.

—No te lo voy a discutir, pero lo cierto es que él se limitó a darte las órdenes que le habían encargado transmitirte. La presidencia de Estados Unidos no autoriza en estos momentos ningún acto que pueda complicar la situación en Oriente Medio, y por lo tanto lo que tú has hecho se acerca a la alta traición. A mí me habían encargado matarte si no obedecías la consigna que te había dado Massili.

Connery arqueó una ceja.

—¿Y por qué no lo has hecho? —musitó.

—Porque quería que tuvieras una oportunidad. La última oportunidad.

Se puso en pie lentamente. Su esbelta y alta figura pareció llenar la habitación entera con la potencia de sus curvas. Luego abrió un poco una de las ventanas, desde la que se divisaban, allá lejos, las luces de la ciudad, y añadió:

—En el muelle hay una lancha de pesca deportiva llamada *Tritón*. Su patrón se llama Mac Farlan y tiene orden de conducirte a Rodas. Dispones de dos horas para salir de Beirut en esa lancha, en el bien entendido de que, si no lo haces, ya no habrá más oportunidades para ti. Ésta ha sido de verdad la última. Tú permanece en el Líbano dentro de dos horas y un minuto y te habrás convertido en el más puerco cadáver del Asia Menor. El propio Mac Farlan arrojará tu carroña al mar para que no quede de ti ni una sola huella.

Las palabras habían sido pronunciadas con voz firme, cargada de indiferencia, y Connery se dio cuenta de que aquella hermosa mujer no había hablado más en serio en toda su vida. Si no había vacilado en clavarle una bala a Purcell, no vacilaría tampoco en clavarle una bala a él.

Pero Connery rió lentamente.

Con un hilo de voz dijo:

—¿Y quién me manda obedecer?

—Yo.

—¿Y quién dice que no puedo empezar por matarte a ti?

Inmediatamente movió la derecha, Rosanna no tuvo ni una décima de segundo para darse cuenta de lo que iba a ocurrir. La mano abierta de Connery le golpeó detrás de la rodilla izquierda y todo el fantástico cuerpo de la muchacha cayó hacia adelante al

fallarle las piernas, yendo a estrellarse contra el diván donde había estado sentada un minuto antes. Mientras lanzaba un gruñido intentó contraatacar hacia atrás con un golpe de karate.

Pero fue inútil.

Connery ya la había sujetado por el cuello.

La presa era implacable. Le estaba retorciendo la cabeza hacia atrás poco a poco, como si fuera a rompérsela. La muchacha oyó el crujido de sus propios, huesos mientras en sus labios se dibujaba una mueca de horror.

Aquellos labios estaban ahora junto a los de Connery.

Tensos. Duros.

Implacables en el beso que le dio. Absorbentes en aquella caricia que era al mismo tiempo como una tortura.

Luego la soltó poco a poco.

Todo el cuerpo dolorido de Rosanna se negaba a moverse. Era como si le hubieran destrozado los huesos por dentro.

Y el beso le quemaba hasta el fondo de la boca.

Connery sabía que ella no iba a poder moverse en algunos minutos porque tenía las articulaciones completamente agarrotadas. Se dirigió hacia la puerta y dijo haciéndole un saludo:

—En realidad, no quería hacerte daño, muñeca. Sólo quería demostrarte que, más que un verdugo eres una mujer bonita. No te importará que me lleve tu coche, ¿verdad? Y tu rifle…

Abrió la puerta y se largó. No llegó a oír —o no quiso oír— las palabras de la muchacha cuando ella mascullaba entre dientes:

—Te mataré como a un perro rabioso…

CAPÍTULO XI

El viejo avión de Air India que hacía la ruta Bangkok-Calcuta-Nueva Delhi llegó al final de la pista polvorienta y se detuvo con una serie de chirridos mientras las alas, apenas los reactores dejaron de funcionar, eran invadidas por verdaderos enjambres de moscas. A lo lejos, más allá de las pistas, se divisaban unos árboles quemados por el sol y un aire caliginoso y quieto donde flotaban un par de buitres. La terminal del aeropuerto, pintada de blanco, ostentaba unas letras que parecían comidas por la lepra del tiempo: CALCUTA.

La ciudad más miserable de la India, la más dramática, la más triste y abyecta del mundo estaba allí, a pocas millas de distancia de las alas del avión, pero los cuatro o cinco gordos personajes que descendieron del departamento de primera clase no pensaban en eso. Ellos vivían en los barrios elegantes de Calcuta, que no tienen nada que envidiar a los mejores del planeta, cerca de cuidados campos de golf que son lugar de peregrinación para aburridos millonarios de todo el mundo. Ellos hacían buenos negocios y tenían habitaciones ventiladas que daban a espléndidos jardines. Para que nada les faltase, unas cuantas chicas de sus harenes habían venido a recibirles a la terminal del aeropuerto.

Aunque los musulmanes se quedaron —cuando la partición de la India— en Pakistán Oriental, hoy Bangladesh, habitan todavía muchos negociantes mahometanos en la industriosa Calcuta. Ellos han organizado su vida de una forma completamente distinta, con sus palacios, sus guardianes y sus harenes, como si habitaran en un emirato del Golfo Pérsico. Y los hombres que ahora descendían del departamento elegante del avión de Air India eran de esa clase.

Pero no todos eran negociantes. Entre ellos caminaba uno más joven que los demás, impecablemente vestido de blanco, con un

sombrero del mismo color que le tapaba casi hasta los ojos. Aunque se había quitado los lacios bigotes y procurado cambiar su aspecto, no había conseguido disimular la cicatriz que cruzaba una de sus mejillas de parte a parte. Eso era lo único que inquietaba a Ramplan, porque era la única señal por la que pensaba que podrían reconocerle.

Un coche con aire acondicionado le esperaba en la playa de estacionamiento, donde pululaba un enjambre de jóvenes mendigos y de mujeres que mostraban las costras purulentas de sus hijos. A cierta distancia, entre los árboles, dos buitres devoraban el cadáver de un hombre que la noche anterior se había quedado dormido allí para siempre. Pero el ambiente del coche era refinado, era elegante, y uno se sentía allí como en el mejor de los mundos. No en vano se trataba del «Rolls» de un maharajá que sentía una viva simpatía por la causa de los árabes.

Ramplan se sintió mejor al verse allí, en aquel vehículo blindado y tapizado de auténtica piel inglesa, porque la verdad era que no se había sentido nada tranquilo durante el viaje. Tenía miedo de que no hubieran perdido su pista y le hubieran seguido hasta aquel lugar que para él era el fin del mundo.

El hombre que le había recibido y que ahora estaba encargado de su custodia era un pistolero profesional pagado por los jeques del petróleo de Kuwait. A su lado podía sentirse tranquilo incluso un hombre como Ramplan.

—¿Buen viaje desde Beirut? —preguntó el pistolero, en un perfecto inglés.

—No, no demasiado —gruñó Ramplan—. Tengo miedo de que hayan podido seguirme.

—Para eso da la vuelta por Calcuta, para despistar a cualquiera. Desde aquí podrá pasar fácilmente a Bangladesh y volar hacia Dubai, en las arenas del desierto, donde nadie podrá hacerle ningún daño. ¿Pero por qué abandonó el Líbano? ¿No se sentía seguro allí?

—Hubo un perro rabioso que dio con mi pista —susurró Ramplan con los ojos entrecerrados—. No entiendo cómo, pero dio con mi pista.

—Es inconcebible. Tengo entendido que los rusos habían guardado a la perfección el secreto.

—Por eso digo que no comprendo cómo pudieron dar con la

pista.

El pistolero sorteó con el «Rolls», a buena velocidad, una manada de chiquillos que tendían las manos pidiendo limosna y tomó una carretera a medio asfaltar por donde cruzaban tranquilamente las vacas sagradas y donde había unos cuantos caballos muertos. Los pobres caballos no tenían la culpa de no ser sagrados y allí servían para pasto de los buitres. Una atmósfera pesada, caliginosa, maloliente, llegaba de la ciudad vecina.

—¿En qué sitio de Beirut estaba? —preguntó el pistolero sin volver la cabeza.

—En el hotel Atlantic.

—¿Y no era un buen sitio?

—No. Aquel perro rabioso llegó hasta allí.

—Y ahora, ¿podría haberle seguido?

—No lo sé.

—¿Cómo es que no la sabe, Ramplan? ¿*No* había allí buenos sistemas de seguridad?

—Los había, pero muy desordenados. El hombre que me había sacado los billetes para Calcuta apareció degollado dos horas más tarde a poca distancia del hotel. Puede que eso lo hicieran los falangistas libaneses, que aún van liquidando gente por allí, pero puede también que lo hiciera el tipo que me está persiguiendo implacablemente desde Nueva York. En ese caso, ¿qué ocurre si el que obtuvo los billetes llegó a cantar? ¿Qué pasa si aquel tipo le hizo hablar antes de degollarlo?

—Haber cambiado los billetes —dijo el pistolero, con una aplastante lógica, mientras se encogía de hombros.

—No pude —dijo Ramplan—. No salen de Beirut tantos aviones como antes, y uno no puede elegir. Además, me interesaba salir de aquel infierno.

—No se preocupe —dijo el pistolero con voz tranquila, mientras tomaba Un ramal secundario del infernal camino—. Ahora los problemas han terminado para usted. He recibido instrucciones muy concretas de hacerle pasar a Bangladesh de forma que nadie pueda seguirnos, y una vez allí le será muy fácil pasar a Dubai. Su pista se perderá por completo, hasta que las organizaciones palestinas decidan que debe volver a actuar. El sistema que he elegido es cómodo, rápido y seguro: casi perfecto.

—¿Qué sistema?

El pistolero señaló con el mentón un pequeño campo de aviación privado al que estaban llegando en aquel momento. Después de bordear los barrios miserables, los montones de basura, las legiones de ratas y las docenas de buitres que acechaban la carnaza en la ciudad más miserable del mundo, acababan de alcanzar los bordes de los selectos campos de golf, los hoteles elegantes y las residencias de los millonarios. Un «Rolls» color plata no llamaba demasiado la atención allí, como tampoco la llamaba el magnífico helicóptero que estaba a punto para el despegue.

—¿Voy a viajar ahí? —preguntó Ramplan con una sonrisa.

—Así es. Cruzaremos el Ganges y la frontera con una seguridad absoluta. Ya puede subir. Conviene que no perdamos tiempo para que desaparezca de Calcuta nada más llegar. Así nadie podrá seguir su pista.

—¿Va a pilotar usted?

—Pues claro… —dijo el pistolero con un cierto aire desdeñoso —. Soy un hombre experto.

Pronto demostró que lo era, en efecto, al sobrevolar a poca altura el puerto y los chamizos miserables de la ciudad. Luego pasaron a poca altura sobre las pútridas aguas del Ganges, que ya arrastraba olor a muerto desde los muelles de Benarés, y giraron hacia el norte, dejando atrás las orillas cargadas de algas y los barcos comidos por la roña. Tuvieron que ganar altura para esquivar una densa oleada de buitres.

—¿Pero qué es eso? —masculló Ramplan—. ¿Por qué nos metemos ahí?

—Porque he querido que viera algo típico de la India —susurró el pistolero—, algo horrible y a la vez fascinante, que en ningún otro sitio del mundo podrá llegar a ver. He creído que valía la pena. Fíjese ahí abajo. Vea…

Y le mostró las dos torres gemelas que se alzaban casi hasta la altura a que ellos estaban volando. Las torres terminaban en un ancho recinto completamente abarrotado de cadáveres, donde los buitres llegados de todas partes se daban un infernal festín. Aquel espectáculo miserable y tétrico, último escalón de todas las miserias humanas, producía una náusea.

Pero a Ramplan aquello le divirtió. Le produjo un cierto

escalofrío de placer pensar que aquellos cuerpos podían no ser cadáveres, sino seres vivos. Se pasó la lengua por los labios secos mientras pedía:

—Demos otra vuelta.

—Ésta es una de las mil creencias religiosas que hay en la India —dijo el guardaespaldas mientras perdía altura—. Unos seres humanos practican la cremación de los cadáveres, otros los entierran y otros los conducen a la eterna purificación a través del hediondo estómago de los buitres. Yo creo que en esta miserable India habrá otros que se los acabarán comiendo. Mire, mire… Daremos otra vuelta.

Giraron un poco para regresar. Y en aquel momento el piloto se dio cuenta de algo extraño: se dio cuenta de que iban desapareciendo los buitres.

—¿Pero qué pasa? —masculló.

Y de pronto giró la cabeza.

Acababa de oír un zumbido que crispó sus nervios.

¡Otro helicóptero estaba allí!

¡Venía por su derecha!

—¿Pero qué es esto? —masculló.

No tuvo tiempo de decir nada más. Casi inmediatamente el mismo zumbido se reprodujo arriba. El piloto no llegó a verlo, pero comprendió que otro helicóptero tenía que estar arriba.

Se dio cuenta enseguida de que los dos aparatos eran alquilados. Hay «*tours*» para millonarios, por el Ganges, remontando desde Calcuta a Benarés las hediondas aguas. Dos desconocidos habían alquilado —con su correspondiente piloto— dos de aquellos helicópteros para algo que aún no podía comprender.

—¡Hay que salir de aquí! —aulló.

Aunque no entendía la situación, una cosa empezaba a estar clara para él: los dos helicópteros iban a atacarles. Y el que más le preocupaba era el de la derecha, porque el de arriba no, lograba verlo.

Hasta que, de pronto, Ramplan lanzó un chillido. Llevó maquinalmente la derecha a la funda sobaquera, pero ahora esa funda estaba vacía: no había sido posible transportar ningún arma en el avión. Ansiosamente tendió la mano hacia el pistolero para que le diera algo. Porque a un lado de la puerta derecha del

helicóptero, colgado de un cable… ¡estaba un tipo suspendido en el vacío! ¡Un verdadero atleta de ojos claros, fríos, inhumanos, que empuñaba una
«Smith & Wesson»
del 38 con silenciador acoplado!

Ramplan no lo conocía, pero imaginó enseguida quién era.

De su garganta escapó un rugido.

Fue a sujetar la «Luger» que su guardaespaldas le daba, pero ya no llegó a tiempo de tomarla entre los dedos. De pronto el cuerpo del piloto se tensó mientras un orificio redondo se dibujaba en su frente. El hombre que estaba colgado del Vacío acababa de disparar a través de uno de los cristales. El helicóptero dio un bandazo.

Pero antes de que el aparato perdiese altura… ¡aquel verdugo que colgaba del aire abrió la puerta de dos disparos más! ¡Y entró!

¡Soltó el cable cuando estaba aún en el vacío! ¡Cayó de bruces en el interior de un aparato que se desplomaba!

Ramplan lanzó un grito de rabia y de horror a la vez.

Intentó sujetar la «Luger» que estaba en el suelo.

La bala disparada desde medio palmo de distancia le perforó entonces el hombro derecho, haciéndole saltar hacia atrás con un aullido de dolor. Cuando llegaba al fondo del helicóptero, otra bala le atravesó el hombro izquierdo. Ramplan cayó de rodillas, hecho un guiñapo.

Ahora era un inválido.

No podía defenderse, no podía escapar. Lo único que podía hacer era gritar como un cerdo al que conducen al matadero.

Porque ahora se daba perfecta cuenta de lo que aquel tipo quería hacer con él.

Desesperadamente intentó morderle la mano cuando Connery le sujetaba, pero no lo consiguió. Porque Connery lo arrastró por el pelo.

Y lo arrojó al vacío, sobre la torre de los muertos que estaba apenas a quince metros de distancia. Con un aullido terrible, ululante, brutal, infrahumano, Ramplan cayó entre la carroña mientras sobre él se abalanzaba una legión de buitres.

Connery tomó instantáneamente los mandos y enderezó el aparato cuando iba a estrellarse contra la propia torre. Desde allí viró para mirar. Lo que vio abajo le hizo sentir una náusea.

Piedad eterna para Ramplan.

Piedad eterna para su carne arrancada a trozos cuando aún estaba vivo.

Connery cerró un momento los ojos, viró y entonces casi se encontró de frente, a una distancia de quince metros, con el otro helicóptero que desde el principio le había estado siguiendo. Un aparato al que había hecho todo lo posible por esquivar, pero sin haberlo conseguido.

Y entonces comprendió que tampoco conseguiría huir. Que no lograría salvarse.

Porque sólo disponía de un revólver, mientras que Rosanna, a una distancia ideal para el tiro, disponía de una metralleta con balas blindadas. En menos de diez segundos podía enviar su helicóptero al infierno.

Para eso le había seguido desde Beirut, del mismo modo que él había seguido a Ramplan tomando como referencia el hotel Atlantic. Y adelantándose a él cuando supo que iba a viajar a Calcuta.

Pero ahora todo estaba perdido.

Ella lo había dicho: «Te mataré como a un perro rabioso».

Y tenía todas las posibilidades de hacerlo. Mientras Connery sólo había pensado en Ramplan, ella había pensado en detalles mucho más eficaces para acabar aquella siniestra aventura. Por ejemplo en una metralleta.

Connery le hizo una seña.

Era una especie de adiós.

Y, ciertamente, ahora ya no le importaba morir.

Había terminado su trabajo. Connery sonrió con sarcasmo pensando que podía reventar tranquilo.

El helicóptero de la muchacha casi se situó junto al suyo. Ahora navegaban sobre el mar. El cañón de la metralleta asomó por la portezuela corrida.

Era el final de la aventura, pero eso no le importaba a Connery. Su sonrisa se hizo más estrecha y más cínica.

Volvió la cabeza. ¿Por qué infiernos no disparaba ya Rosanna? ¿No tenía todas las ventajas en su mano? ¿Por qué no…?

Y de pronto lo comprendió.

Con el cañón de la metralleta, ella le estaba haciendo señas

hacia el norte. Le indicaba que fueran los dos a Bangladesh.

La muchacha también sonreía.

Pero su sonrisa no era amarga ni cínica. Era… era distinta.

Y entonces captó Connery su voz en el micro del aparato de radio. No era difícil, porque los dos helicópteros eran de la misma empresa y conectaban con la misma onda. La voz murmuró:

—¡Idiota! ¿Pero es que no lo has comprendido? Yo también estoy desobedeciendo al gobierno norteamericano. A Ramplan no quería que lo matases tú porque anhelaba matarlo yo… Era el ansia suprema de mi vida… ¿Y sabes por qué? Por una sola razón: mi nombre es Rosanna Wilkinson… y puso el helicóptero delante del suyo para acabar de guiarle.

Connery tuvo que cerrar los ojos. La hija de Wilkinson, el sabio muerto en el avión de El Al… De modo que eso nada menos: la hija de un sabio…

«¿Y qué se puede hacer con una chica así? —preguntó Connery mientras ganaba altura—. Cuando atravesemos la frontera y tomemos tierra, ¿qué hago?».

Pero se tranquilizó pensando que hasta las chicas sabias saben hacer unas cuantas cosas para las que no hace falta estudiar mucho.

Por lo menos lo probaría, qué cuerno…

FIN

Francisco González Ledesma (Barcelona, 17 de marzo de 1927, 2 de marzo de 2015) fue un periodista, guionista de historietas y novelista español. Especializado en los últimos años en el género policíaco, fue considerado como uno de los principales impulsores de la novela negra de corte social en España, junto a Manuel Vázquez Montalbán. Bajo el seudónimo de Silver Kane publicó más de 1000 novelas, la mayoría novelas del oeste, aunque también escribió bajo los seudónimos de Taylor Nummy y Silvia Valdemar, así como novelas románticas como Rosa Alcázar y Fernando Robles, siendo su último seudónimo utilizado en
2007-08
el de Enrique Moriel para dos de sus últimas novelas.

El primer reconocimiento le llega en 1948 cuando gana, con Somerset Maugham y Walter Starkie en el jurado, el Premio Internacional de Novela gracias a *Sombras viejas*. Pero la obra premiada es censurada por el régimen franquista y se frustra el prometedor futuro del autor.

Coartado por la dictadura, González Ledesma empieza a escribir, bajo el seudónimo de Silver Kane, novelas populares para Editorial Bruguera. Desencantado de la abogacía, estudia periodismo e inicia una nueva etapa profesional en *El Correo Catalán* y, más tarde, en *La Vanguardia*, alcanzando en ambos periódicos la categoría de

redactor jefe.

En 1966 fue uno de los doce fundadores del Grupo Democrático de Periodistas, asociación clandestina durante la dictadura en defensa de la libertad de prensa.

En 1977, con la consolidación de la democracia en España, publica *Los Napoleones* y en 1983 *El expediente Barcelona*, novela con la que queda finalista del Premio Blasco Ibáñez y en la que aparece por vez primera su personaje emblema, el inspector Méndez. En 1984 obtiene el Premio Planeta con *Crónica sentimental en rojo* y la consagración definitiva.

Como abogado ha recibido el premio Roda Ventura y como periodista el premio El Ciervo. En 2010 se le otorgó la Creu de Sant Jordi por su trayectoria informativa y por la calidad de su obra, de proyección internacional.

Notas

[1] Unas 3100 pesetas o 45 dólares USA. < <